

Mauro Cerbino
Isabel Ramos,
coordinadores

Jóvenes en el saber

Experiencias en Ecuador

Paula Castello
Andrés Madrid
Andrés Tapia



COLECTIVO
LATINOAMERICANO
DE JÓVENES

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ecorg

ISBN:

Cuidado de la edición: Mauro Cerbino e Isabel Ramos
Diseño de portada: Ana Lucía Garcés
Diagramación: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2010
1ª. edición: mayo, 2010

Índice

Presentación	7
<i>Adrián Bonilla</i>	

Prólogo	9
<i>Dina Krauskopf</i>	

Introducción	13
<i>Mauro Cerbino</i>	
<i>Isabel Ramos</i>	

PRIMERA PARTE

HACIA LA IDENTIFICACIÓN DE TEMÁTICAS PARA LA INVESTIGACIÓN Y LA INTERVENCIÓN DESDE LAS JUVENTUDES ECUATORIANAS

Memoria del taller nacional	22
--	----

SEGUNDA PARTE

JÓVENES INVESTIGANDO JÓVENES

Jóvenes afroecuatorianos/as en Quito: sexualidad, familia y trabajo entre marginalidad y resistencia	51
<i>Paula Castello Starkoff</i>	

Teatro y marginalidad: experiencia del Teatro Mapawira en el montaje de una obra de teatro que socializa la problemática de los jóvenes privados de libertad del Penal García Moreno	109
<i>Andrés Madrid</i>	

Sistematización de una base conceptual-referencial y definición de una estrategia intercultural de gestión para la integración efectiva y compartida de los jóvenes indígenas y colonos a la defensa y uso inteligente de la biodiversidad de Pastaza	195
<i>Andrés Tapia</i>	

TERCERA PARTE

ANEXOS: JUVENTUDES Y POLÍTICAS PÚBLICAS EN EL ECUADOR

Policy memo nacional	249
Políticas sociales en torno a las juventudes desde el año 2007 hasta 2009. El gobierno de Rafael Correa y la juventud	169

SEGUNDA PARTE

Jóvenes investigando jóvenes

Jóvenes afroecuatorianos/as en Quito: sexualidad, familia y trabajo entre marginalidad y resistencia*

Paula Castello Starkoff

Agradecimientos

No podía iniciar este texto sin antes dejar plasmado mi más grande e intenso agradecimiento a todas y cada una de las personas que, en diferentes momentos y energías, se vincularon con la experiencia, enriqueciéndola y ayudándome de forma inmedible para el logro de lo que aquí se observa y mucho más, que no es posible identificar con este documento. Las personas que formaron parte del equipo significaron el eslabón fundamental dentro del trabajo intencionado y realizado. Haber compartido con ustedes estos meses de intercambio de ideas, pasiones, sueños, decepciones, miedos, angustias y desesperaciones hizo posible sostener mis ganas iniciales y mantenerlas todavía. Gracias.

A todas las y los jóvenes del barrio que me ofrecieron su sonrisa, sus palabras, sus bromas y compartieron también algunos de sus secretos, anhelos, problemas y visiones del mundo, gracias. En especial a una mujer que me abrió las puertas de su casa y me brindó todo el apoyo, material y emocional, para entrar al barrio, conocer a su gente, intentar y no decaer —ella sabe quién es— gracias.

Sin todas estas personas, nada, nada de todo esto hubiera sido posible.

* Investigación-acción lograda entre noviembre de 2007 y mayo de 2008, gracias al apoyo de la becas del Colectivo Latinoamericano de Jóvenes Promotores en Juventud, de FLACSO-Sede Ecuador.

Introducción

Siempre se dice que los/as negros/as¹ están en todas partes y, aún así no están en ninguna. Según algunos cálculos, la población negra en el país representa entre el 5% y el 10% del total (Walsh, 2002). En Quito particularmente, capital del país, con una población aproximada de un millón y medio de habitantes, de acuerdo con los datos del Censo de Población y Vivienda de 2001, viven 44 484 negros/as, de los cuales 22 424 son hombres y 22 060 son mujeres. En la ciudad de Esmeraldas, en la costa norte, donde se encuentra la mayor concentración de población negra del país, viven apenas uno/as pocos/as más que en Quito, 44 814. Esto indica la significativa presencia de negros/as en la ciudad capital, quienes llegaron esta desde la década del sesenta, tanto desde las poblaciones negras de la costa norte, como desde las de la sierra norte, en el contexto de la crisis de la economía campesina que vivía el país.

Sin embargo, la presencia de los y las negras es permanentemente invisibilizada en la cotidianidad, tanto desde los imaginarios sociales de la gente común, como desde los medios de comunicación. Esta invisibilización se practica, fundamentalmente, desde el Estado, que, desde su nacimiento, ha promovido por diversos medios una hegemonía cultural y étnica basada en el “blanqueamiento” de la sociedad, lo que forma parte de una dinámica estructural de discriminación y exclusión (De la Torre, 2002). Los/as negros/as, generalmente, no están en las universidades, ni en los cajeros o cualquier otro puesto de atención al público; las negras están donde no se las ve, dentro de las casas, en el empleo doméstico, y los negros, allí donde su supuesta fuerza física es necesaria, en la Policía, guardianías nocturnas o fútbol. Es una población a la que se ha cargado de estereotipos y su cotidianidad está atravesada por estos.

No es casual que la amplia mayoría de barrios de negros/as en Quito se encuentre en las periferias de la ciudad y que, casi todos, hayan sido

1 A lo largo del texto uso indistintamente los términos *negro/a* y *afroecuatoriano/a*, aunque mayoritariamente el primero, en tanto que esta es la forma en que ellos/as hablan de sí mismos/as. También se refieren a sí mismos como *afros*, sin embargo, es más común que se digan negros y negras. Además se trata de poder invertir los sentidos históricos de las palabras con la intención de reafirmar una reivindicación identitaria.

fundados a partir de “invasiones” de tierras, por las que aún luchan, para conseguir las escrituras de propiedad. Pero el margen geográfico no es el único del que la población negra del país ha sido históricamente desplazada. Al prestar atención a diferentes datos estadísticos que hablan de la desigualdad social en Ecuador, esto se evidencia rápidamente, en el acceso a la educación, empleo, vivienda y otros (ver SIISE² 4.5). Más allá de lo que puedan decirnos los números, es el acercamiento hacia esas personas que los viven, lo que da cuenta de esta realidad de injusticia social en la que construyen sus vidas.

Aportar para la visibilización de la población afro es importante para “sacarlos/as” del anonimato estructural en que se los/as ha ubicado desde siempre, y para alimentar las posibilidades de una sociedad diversa que, en lugar de aniquilar al “otro” porque no lo entiende, se nutre de él. Y no solo para eso, sino también para que ellos/as mismos/as, los y las negras, a quienes pocas veces se mira, y sobre todo escucha, lo que provoca una suerte de *caída en cadena*, como en un juego de dominó, hasta que ya ni ellos/as mismos se miran ni se escuchan.

No se trata únicamente de una visibilización desde su condición de pobreza y exclusión, sino de una desde sus formas de sonreír en este contexto, de buscar los modos para tener esa vivienda negada, de vivir el día a día, pues “mañana capaz no estoy”³, desde el frenesí del incesante baile, sus creencias, sus gustos, sus sabores, sus anhelos, su cotidianidad.

Este es el gran sentido de apuntarnos en trabajos como estos, que además de concentrarse en una labor investigativa, emprenden, justamente, un paciente caminar conjunto, de contagios, para sonreír cada día un poquito más. Sin embargo, a esta meta no se llega inmediatamente, ni a grandes saltos, por lo que hemos elegido un aspecto particular sobre el cual trabajar en un inicio, que se vincula directamente con el contexto de desigualdad social en el que vive la población negra, a lo que se suman los patrones culturales hegemónicos de las relaciones de género, lo que profundiza tal situación de desigualdad en las mujeres.

2 Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador.

3 Tomado de una canción del grupo de música El Portón, de Argentina.

La sexualidad –su expresión, construcción y reconstrucción–, observada desde las dinámicas cotidianas, los espacios de socialización en el barrio, la familia, los momentos lúdicos, etc., es el centro de este trabajo. La maternidad soltera, los continuos embarazos entre las jóvenes, cuya condena social en los propios barrios es notoria; los contrastes entre el control y las prescripciones de la sexualidad de las mujeres, y la ausencia de obligaciones y sanciones para los hombres, son los aspectos de sus vidas a los que prestamos atención en esta ocasión.

Vivir al margen significa, también, menores posibilidades de acceso real a la información, a la educación sin fundamentalismos y/o moralismos cargados de prejuicios; desconocimiento de los derechos básicos o, en caso de conocerlos un poco, de los lugares o instancias que “ayudan” a que se cumplan; menores posibilidades de acceso a la salud preventiva y, concretamente, a métodos anticonceptivos, ya sea por su imposibilidad de conseguirlos en su propio entorno o por sus costos. Esto, sumado a un contexto cultural que avala, desde todos sus ámbitos, el control sobre los cuerpos-vidas de las mujeres (Bonan, 2003), en especial las jóvenes, engrandece las condiciones de injusticia social, alimenta rencores y remordimientos silenciosos; culpas gratuitas que reproducen, a su vez, nuevas vidas envueltas en esta subjetividad.

Finalmente, cabe mencionar que, al tratarse de un trabajo que priorizó la interacción con las y los jóvenes del barrio Caminos a la Libertad, al norte de la ciudad de Quito, así como con otras personas de allí mismo, a través de la aproximación lúdica que brinda el arte, el presente trabajo aborda la temática planteada no solo desde el intercambio verbal directo, sino también desde la expresión a través de la percusión, el canto y la pintura.

Sobre la investigación

Problema de investigación

Pese a que Ecuador es un país pobre, donde más del 61% de la población está en situación de pobreza, por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), esta es mucho más marcada en los/as afros, quienes poseen el 70,6% de NBI, en comparación con los blanco-mestizos, que solo registran el 40,5% (Censo de Población y Vivienda, 2001). En el país, siete de cada diez afros son pobres (Sánchez, 2005). La tasa promedio de escolaridad entre afrodescendientes es de 6,15 años, mientras que los blanco-mestizos registran una tasa de 9,2 años, y el promedio nacional es de 7,2 años. Los y las afros apenas alcanzan una tasa de ingreso a la universidad de 7 puntos, frente a 14 del promedio nacional y 19 para los blancos (Censo, 2001). La encuesta de empleo del INEC del año 2003 ubica a la población negra con el nivel más alto de desempleo del país (12%), por encima de la mestiza (11%), blanca (9%) e indígena (3%). En el área urbana el desempleo de la población afro es del 14%, muy superior a la tasa nacional urbana, de 11%.

A estas claras condiciones de desigualdad en las que viven los y las negras del país, situación que se observa también en la ciudad de Quito, con tan solo un breve acercamiento a los barrios donde se han ubicado las familias negras provenientes tanto de Esmeraldas, en la Costa, como del Valle del Chota, en la Sierra, se suma otro contexto que demarca mayores condiciones de desigualdad social, en especial para las mujeres, debido a las asimetrías de género que aún imperan en nuestra sociedad, que vive bajo un sistema hegemónico patriarcal que sitúa a los hombres en condiciones de ventaja frente a las mujeres (Lagarde, 2003).

La desigualdad de género puede observarse en diferentes ámbitos de la vida cotidiana. Uno de ellos tiene que ver con la construcción de la sexualidad y el control sobre ella, es decir, sobre los cuerpos, en especial el de ellas, asociado al embarazo y a la maternidad, comúnmente soltera, y a una paternidad bastante ausente.

Ecuador es un país con una clara deficiencia en educación sexual y, por lo tanto, en el ejercicio de derechos ciudadanos y cualquier otro

tipo de derechos, entre ellos los de las mujeres y los de las y los jóvenes. Al mismo tiempo, se habla de una iniciación sexual cada vez más temprana y se estima que el 16% de los embarazos de mujeres entre 12 y 49 años de edad corresponde a aquellas que tienen de 12 a 19 años (Pérez y Gallardo, 2005: 48). El uso de métodos anticonceptivos es cada vez más difundido; sin embargo, el problema está en su falta de uso, más que en su desconocimiento⁴. Solo el 2,5% de las mujeres en edad fértil (15 a 49 años) utiliza condón (Pérez y Gallardo, 2005: 57). El abuso sexual no es una realidad extraordinaria y lo más común es ser abusada por algún pariente o conocido en un espacio también conocido⁵. El aborto es ilegal en el país, salvo el terapéutico y cuando una mujer “idiotita o demente” ha sido violada, lo que generalmente no se demuestra y por lo tanto no se practica. Aun cuando es ilegal, como sucede en todos los países bajo esta misma legislación, el aborto se ejecuta en la clandestinidad, sin ningún tipo de regulación y, por lo mismo, bajo condiciones que ponen en peligro la salud de las mujeres⁶.

De esta forma, las mujeres, en especial las jóvenes, por una deficiente educación e información certera con relación a su sexualidad, ausencia de espacios de organización y ejercicio pleno de ciudadanía, desigualdad estructural de género, bajos recursos económicos, violencia simbólica y física, además de otras formas cotidianas de control sobre sus cuerpos (Bonan, 2003) tienen menos posibilidades de decidir sobre sus propias vidas, sus formas de sentir y manifestar placer; sus deseos de ser o no ser madres, las formas en que quieren serlo y cuándo, etc.

A pesar de esto, o precisamente por esta situación de doble o triple exclusión que viven las mujeres negras (por ser mujeres, por ser negras y por ser pobres), la maternidad también puede significar algo que da sentido a sus vidas, en este difícil contexto en que viven. Por ello, en especial entre las jóvenes, si bien no es aprobada por la comunidad y ellas lo conciben también como un “error”, al mismo tiempo es expresada con intensa alegría. Como lo explica Varea (2007: 90-91):

4 El 83% de mujeres en edad fértil conoce los métodos anticonceptivos, pero apenas el 39% los utiliza, es decir, menos del 50% de las mujeres entre 15 y 49 años (CONAMU, 2005: 56).

5 El 86% de mujeres entre 15 y 29 años que reportó abuso sexual dijo que fue por parte de algún conocido (Encuesta ENDEMAIN-CEPAR, 2004)

6 El aborto es la segunda causa de muerte materna en Ecuador (CONAMU, 2005: 46).

(...) cabe señalar que en un país empobrecido, donde se han roto antiguas formas de solidaridad y afecto; en el cual a pesar de que la formación resulta ser el único instrumento que tienen las mujeres de realización, no existen oportunidades reales de educación, la maternidad es el único espacio de poder para las adolescentes. El cuerpo es la única propiedad y al mismo tiempo es el territorio en donde recaen todas las subordinaciones y exclusiones. Este hecho también constituye una razón para que las mujeres sean madres a pesar de sus condiciones adversas.

Esto nos abre las puertas para prestar atención a las diferentes significaciones que se le da al ser madre, y aún en la supuesta problemática de ser madre joven, entender la maternidad más allá del espectro material y de responsabilidades que la envuelve. Cabe recalcar que el problema como tal no se refiere a la maternidad entre las jóvenes y al amplio número de embarazos entre ellas. Este aparece cuando los embarazos no son deseados y ellas no tienen la posibilidad real de decidir, si es que lo desean o no. En cualquiera de los dos casos, no son ellas quienes tienen el pleno control sobre sus cuerpos; por más sutiles que parezcan, los patrones culturales de construcción de las identidades de género y de la sexualidad definen este control limitando, a la vez que responsabilizando/culpabilizando exclusivamente a las mujeres, por ejemplo, de “embarazarse”, como si se tratara de un acto individual. “La maternidad es una decisión y obligar a las mujeres a continuar con embarazos no deseados también es una forma de violencia” (Varea, 2007: 90).

La presente investigación-acción intenta abordar, así, el contexto (geográfico, cultural/étnico y socioeconómico) que define, de una u otra forma, los modos de interacción entre las y los jóvenes, sus percepciones, sus proyecciones y sus prescripciones en torno a la construcción y re-construcción de su sexualidad. Además, busca dar cuenta de las formas de trascender este contexto que, aun sin plena conciencia, se expresan desde las subjetividades de cada uno/a de ellos/as. De esta forma, nos preguntamos cómo se manifiesta y cómo construyen y re-construyen, en la cotidianidad, su sexualidad las y los jóvenes negros de Caminos a la Libertad y qué lugar ocupan en este proceso la maternidad y paternidad.

Objetivo general

Indagar acerca de las formas diferenciadas en que su condición de negros/as, en un contexto de discriminación y exclusión social en la ciudad de Quito, atraviesa la sexualidad de los jóvenes, por un lado, y de las jóvenes, por otro.

Objetivos específicos

Conocer acerca de cómo los jóvenes y las jóvenes, de manera diferenciada, expresan, construyen y re-construyen su sexualidad, y cómo se sitúan en el contexto de las relaciones familiares, vecinales y laborales.

Indagar acerca de los sentidos del ser madres y padres jóvenes y sus vínculos con los imaginarios de la comunidad.

Aportar en la generación de conocimientos para la elaboración de políticas públicas orientadas al respeto de los derechos contra la discriminación, de los/as jóvenes, de las mujeres, de salud sexual y reproductiva, de trabajadores/as, entre otros.

Como mujer, un escalón más abajo aún

En el contexto social y cultural en que se concentra esta investigación, fue y es necesario tener presentes algunas ideas con respecto a diferentes aspectos de esta problemática. Por un lado, es imprescindible abordar la condición de desigualdad por condiciones étnicas, es decir, la exclusión social marcada claramente por una discriminación a un grupo étnico que no forma parte de la ideología hegemónica "blanco-mestiza", impulsada desde la construcción del Estado-nación hasta las actuales políticas (Walsh, 2002), aun cuando se ha reconocido la diversidad étnica y los derechos colectivos, y se ha generado distintas instancias estatales, supuestamente participativas, para la incidencia en la toma de decisiones. Como se lee en León (2004), la interculturalidad va más allá de la diversidad y la diferencia, y el reconocimiento y la inclusión no resul-

tan suficientes si no se pone en juego también la diferencia colonial. Esta última habla de una interculturalidad que hace posible la reafirmación de lo propio con la apertura para negociar, intercambiar y relacionarse con lo diferente.

Vale notar que la *condición étnica* no solo se remite a la adscripción o sentido de pertenencia a una colectividad, a un grupo cultural determinado, sino que, así como sucede con la condición de género y otras, esta está atravesada por procesos históricos, sociales, económicos y políticos marcados por relaciones de poder y de dominación de un sector social, como los "blanco-mestizos" hacia los "otros", los/as negros/as (Barth, 1996, en Hernández, s/f). Esta condición se "naturaliza" a partir de lo que Quijano (2000) y Walsh (2002), entre otros denominan "la colonialidad del poder", "un patrón configurado sobre la base de la clasificación social-racial que ha servido para subalternizar no solo los grupos sino sus conocimientos" (Walsh, 2002: 2).

Así, estos "otros" ocupan el escalón más bajo en la sociedad, lo que se enfatiza aún más entre las mujeres dentro de este grupo, las negras, al ser discriminadas no solo por ser negras, sino también por ser mujeres y por ser pobres. Ser mujer dentro de esos "otros" que forman parte del último escalón significa situarse en un escalón aún más bajo, pues dentro de cada grupo también hay jerarquías y las mujeres resultamos, en todos, entre esos "otros" en condiciones de desventaja. "La oposición entre lo masculino y lo femenino constituye un tipo de jerarquización sexual de la realidad social" (Ariza, 2004: 394). Por ello, no es posible indagar sobre una realidad sociocultural cualquiera sin el reconocimiento de que tales contextos marcan de manera diferenciada a las mujeres y a los hombres. Las condiciones pueden ser similares, pero las experiencias tienen relación con el género al que nos adscribimos, más aun cuando el aspecto que se pretende indagar es la construcción de la sexualidad, probablemente uno de los campos de la vida más atravesados por las desigualdades y donde se expresa con mayor claridad el control sociocultural, político y económico sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres (Bonan, 2003).

Los géneros

Como representación social, el sistema de relaciones de género imperante es una de las configuraciones de sentido que estructuran de manera central nuestra percepción del mundo. Son las ideas que construye la cultura para los sexos las que dan lugar a la formación de lo que se define como masculino y femenino; en definitiva, a la construcción de género (Strathern, 1979). Bajo esta misma concepción, ligada a la construcción sociocultural de los géneros y alejándose de la determinación biológica o natural comúnmente aceptada, hay que tener presente que las categorías de género no son estables, sino que tienen movilidad y, por lo tanto, están sujetas al cambio, tal y como lo están las sociedades y las culturas (Scott et al., 1998). Esto da la pauta para buscar las formas de reconocer posibles cambios (o no) en cómo se expresan las relaciones de género, sobre todo en cuanto a la distribución de poder; en distintas experiencias que enfrentan las y los jóvenes negros/as a lo largo de su vida.

Las identidades y relaciones de género están estrechamente ligadas a las formas sociales y culturales que dan lugar a las representaciones que ocupan los hombres, por un lado, y las mujeres, por otro. Representaciones que se dan en una sociedad determinada, en un momento histórico particular, en relación con un sistema sociocultural estructural que nos ubica de acuerdo a condiciones económicas, políticas, jurídicas, simbólicas y otras (Moore, 1999; Lagarde, 2003; Strathern, 1979; Scott et al., 1998 y Rubin, 1998).

A partir de esta noción, es relevante observar desde la perspectiva de la división sexual del trabajo, al momento de indagar acerca de las dinámicas de género y sexualidad dentro de las familias, al ser estas uno de los espacios de socialización más importantes entre los y las negras de Caminos a la Libertad, donde la red de parentesco involucra a la inmensa mayoría de las familias que lo habitan. Esta división prescribe en los hombres ser los encargados del mantenimiento económico y material de la familia, fundamentalmente cuando hay matrimonio de por medio, pues ya se verá que esta determinación no es tan seria en aquellos padres jóvenes que no conviven con las madres de sus hijos/as. Por otro lado, determina que las mujeres se encarguen de la reproducción cotidiana de la familia; es decir, la realización del trabajo doméstico y el cui-

dado de los y las miembros de la misma, con todo lo que ello implica (Hartmann, 2000; Rendón, 2004; Jelin, 1998 y Coria, 1988). Además, y con mayor énfasis, se espera la reproducción biológica de las mujeres; ellas *deben* tener hijos (Jelin, 1998). Son mujeres en tanto que son madres (Coria, 1988; Lagarde, 2003). De esta manera, la división de jerarquías sexuales ha producido una suerte de “naturalización” de actividades y espacios, entendiendo que el público es el lugar de los hombres y el doméstico, el de las mujeres (Ortner, 1979; Rosaldo, 1979).

Las sexualidades

Estos espacios, la calle y lo doméstico, que condicionan y construyen/reconstruyen las identidades de género, están, al mismo tiempo, profundamente ligados con la construcción de la sexualidad. La condición de género y la sexualidad difícilmente podrían entenderse la una sin la otra, tanto así que, de acuerdo con Lagarde (2003), dentro de los varios ejes en torno a los que se organiza la condición de género, el eje central es la sexualidad. Al tratarse de un resultado de construcción sociocultural, el género define las pautas de comportamiento, actitudes y formas de expresión para hombres y mujeres. Estas pautas se aprenden e interiorizan en la cotidianidad, en el proceso de oposición entre el “yo” y el “otro” que supone toda construcción de la identidad que, a través de lo permitido y lo prohibido y de las percepciones sobre lo masculino y lo femenino, aunque se llamen de otro modo, señala, en el día a día, las formas en que hombres y mujeres se relacionan, dentro y fuera de las fronteras del hogar (Hernández, 2005). El espacio es tan importante como la historia, para entender las formas en que hombres y mujeres se relacionan, los elementos que interfieren, inciden, condicionan y definen su sexualidad, en tanto que estos hombres y estas mujeres no se encuentran en lo abstracto, sino en lugares determinados en los que inventan y recrean lo que son (Santa Cruz, 2003). Como lo explica Mannarelli (2003: 58):

(...) la forma de experimentar la sexualidad es una compleja confluencia de factores a desentrañar. Entender la cantidad de elementos que intervienen y cómo lo hacen, supone una determinada definición de las

fronteras del mundo privado y público. Esto quiere decir que para entender el significado de la experiencia del sujeto propiamente dicha, debe prestarse atención a las configuraciones del mundo doméstico y a sus relaciones e intercambios con las instancias que están más allá de las fronteras de ese universo.

Más allá de estas fronteras, las condiciones y posibilidades de acción y comportamiento que viven los hombres y las mujeres tampoco son las mismas. Los hombres están prácticamente exentos del control y manejo de su comportamiento sexual, mientras que las mujeres, desde el discurso y la práctica, viven una conducta sexual altamente prescriptiva, sobre todo, y fundamentalmente cuando son jóvenes; lo que no quiere decir que no sea trasgredida. En gran medida, es esta regulación del sexo y del intercambio sexual, organizando relaciones de poder orientadas a favorecer lo masculino, la que establece las bases de las formas en que se construyen las relaciones entre hombres y mujeres (Araujo, 2003).

La regulación de los comportamientos, tanto para hombres como para mujeres, sobre todo entre estas últimas, que viven mayores restricciones, es fundamental para entender la construcción de la sexualidad, en la medida en que esta es una forma de goce regulado, y no el goce como tal. "La sexualidad es una forma de goce que se ordena en concordancia con las estrategias culturales relativas al goce y su exceso mortífero" (Araujo, 2003:106).

Hay que resaltar que la sexualidad está definida de manera diferente de acuerdo a cada cultura y, dentro de ella, cada grupo percibe de manera diferente el deseo, el placer y el goce, así como la define también cada historia de vida particular; de acuerdo con las experiencias propias y subjetivas. Cada cultura y cada grupo, así, delimita lo que es permitido y prohibido para hombres, por un lado, y para mujeres, por otro, también de acuerdo a sus edades, tanto en el discurso como en la práctica, a través de las regulaciones sexuales definidas por sus sistemas simbólicos y normativos (Hernández, 2005).

Con lo antes expuesto, retomo la definición de sexualidad de Hernández (2005: 43-44), para quien la sexualidad humana es

un hecho cultural en el que se sintetizan los sistemas simbólicos, calóricos y de creencias de cada grupo social; sistemas que se expresan en las diversas manifestaciones de la vida sexual de sus individuos hombres y mujeres, según la normativa sociocultural, pero también a partir de sus propias vivencias y experiencias individuales, en tanto sujetos con capacidad (¿y necesidad?) de cuestionar, de transgredir y de proponer nuevas visiones en torno a su sexualidad/cuerpo. En este sentido, la sexualidad es un *locus* o espacio de reproducción, pero a la vez de trasgresión; es un espacio dinámico de construcción de nuevos significados, resultado de la interacción dialéctica de múltiples factores estructurales, culturales y personales (...) una construcción que está permeada por el contexto social y cultural, por regulaciones, patrones culturales de conducta y ritualizaciones culturales particulares, en interacción constante con contextos más amplios (nacional, regional) así como por cuestiones psíquicas e individuales.

Las familias

Esta dimensión de la cotidianidad de las personas, hombres y mujeres de distintas edades que conforman un grupo, está claramente demarcada por las dinámicas del mundo familiar. Las regulaciones que forman parte intrínseca de la construcción de la sexualidad también se reproducen en el ámbito familiar. Por esta razón, consideramos importante tener presente el protagonismo de la familia en la construcción/reconstrucción de la sexualidad, y también que no hay una sola familia, sino que existe una gran variedad de estructuras familiares que intervienen en tal recreación y es, precisamente, esta diversidad la que otorga pautas importantes para comprender las diferencias sobre la sexualidad comprendidas en tiempos, espacios y grupos distintos.

En este sentido, no es posible defender un solo modelo de familia; no se puede hablar de un modelo predominante de organización familiar; no existe una única forma de construcción y conformación de la familia, pues la misma tiene directa relación con un particular contexto histórico, social, cultural y político (Tuirán, 2001).

Una vez que entramos en el debate sobre la familia, es decir, las familias, y a medida que conocemos, poco a poco, cada vez más sobre las relaciones familiares del barrio en que trabajamos, notamos que la idea de “familia nuclear” se complejiza de manera importante dando cuenta de una serie de responsabilidades compartidas entre diferentes miembros, sobre todo mujeres, de distintas edades que, aunque sostienen alguna relación de parentesco, no pertenecen a lo que sería la familia nuclear; no comparten el mismo hogar/vivienda y, aún así, cooperan en el cuidado, crianza y control de los y las demás miembros de la familia –ampliada–, así como en el trabajo doméstico.

De esta forma, entonces, a las familias las constituye el entramado de relaciones que en ella se vivencian, más allá de la dimensión espacial, cada vez más compleja y extensa. De este modo, la(s) familia(s) debe ser entendida(s) como ese espacio de relaciones de producción, reproducción y distribución, donde existe una definida estructura de poder y donde caben tanto la ideología como el afecto, lo que permite su persistencia y reproducción. Sin embargo, dentro de ella también se encuentran las bases estructurales del conflicto y la lucha, puesto que, al mismo tiempo que conviven intereses colectivos, están presentes los intereses y deseos particulares de cada miembro (Jelin, 1998). Así, la familia resulta un “lugar de lucha” (Hartmann, 2000: 19), a la vez que un “espacio de reproducción de las desigualdades de género” (Ariza y De Oliveira, 2004: 14), o “un espacio de ‘conflicto cooperativo’, en el cual se entrecruzan diferencias de género e intergeneracionales” (Goldani, 2001: 295).

Metodología

La metodología de la investigación enfatiza en el análisis cualitativo. Este tipo de análisis no responde a preguntas acerca de cuántas personas o grupos están implicados en una problemática particular. Trata, más bien, acerca de los procesos y las dinámicas pudiendo reconstruir y comprender relaciones sociales que hacen más ricas las reflexiones interpretativas y explicativas sobre una problemática abordada (Riquer, 1992, en Hernández y Camacho, 2005). Por esta razón, se priorizó la realización

de una etnografía densa, partiendo de la concepción de Clifford Geertz (1997), donde la voz de quienes participan y narran sus historias personales adquiere un valor de suma importancia. Prestar atención a las percepciones, es decir, a los significados –materiales y simbólicos– que cada persona otorga al lugar que ocupa en el espacio familiar, en la relación de pareja, de amistad, y en la comunidad en general, es una forma necesaria de conducir el análisis en interpretaciones vinculadas con la construcción de la sexualidad, las relaciones de género y las relaciones de poder, para ver cómo se manifiestan y expresan.

De este modo, se entiende haber realizado estas etnografías priorizando en una perspectiva “emic” en el intento por entender cómo se vive en las familias desde adentro, al tratar de estar presente en ciertos pasajes de su vida cotidiana. Así, para lograr los objetivos, debíamos entrar en el mundo familiar; entender sus funcionamientos, la posición y el significado otorgado a dicha posición entre las y los distintos miembros dentro de este mundo, reconocer sus dinámicas de cohesión, así como las de dilatación y conflicto, percibir sus normas, sus códigos, sus formas de expresar afecto, sus represalias, etc. De igual manera, compartir otros espacios, de carácter más lúdico, como la discoteca, la cancha de fútbol, la calle, donde interactúan hombres y mujeres de distintas edades. En este sentido, aprovechar el trabajo etnográfico como metodología que hace posible lograr el encuentro o desencuentro entre los testimonios y la práctica vivencial. Lograr penetrar tanto en las significaciones como en las prácticas concretas hace posible la combinación óptima para el análisis y la comprensión de las dinámicas entre hombres y mujeres de distintas edades; entre ellas, por un lado, entre ellos, por otro, dentro del mundo familiar; la maternidad y la paternidad.

De aquí, el énfasis puesto en la vida cotidiana, en la medida en que constituye “la expresión inmediata, en un tiempo, ritmo y espacio concretos, del conjunto de actividades y relaciones sociales que, mediadas por la subjetividad, regulan la vida de la persona en una formación económico-social determinada, es decir, en un contexto histórico-social concreto” (Martín y Felipe Wood, 2006: 10).

Descripción de las personas involucradas

En la presente investigación-acción no hubo “sujetos” de estudio. Se efectuó una interacción conciente con relación a los temas planteados y los objetivos buscados, con diferentes personas del barrio, en especial los/as jóvenes que tuvieron interés en acercarse a través de los talleres, así como con miembros de sus familias y otras personas con quienes fue posible establecer un nexo importante para el proceso sostenido.

Entre las personas clave con quienes se intercambiaron distintos momentos para la construcción de los conocimientos aquí presentados, así como para la posibilidad de continuar en el barrio en una inevitable intervención, estuvieron alrededor de 16 mujeres, de entre 14 y 65 años de edad. Tres de ellas superan los 30 años, y dos de ellas los 50. Doce de ellas son madres, de las cuales cinco tienen menos de 24 años. De las madres más jóvenes, con 16 y 17 años, que son tres, solo una estudia en el colegio y ninguna trabaja. Las otras mujeres jóvenes de la misma edad que estas últimas estudian y no trabajan. Entre las que trabajan, la mayoría son empleadas domésticas y solo una es maestra. El resto trabaja dentro de sus casas, son responsables de la limpieza y el cuidado del hogar y de los/as niño/as.

Los hombres, si bien siempre fueron mayoría en las actividades de los sábados, estuvieron menos presentes entre las personas con quienes sostuve largas conversaciones. Son alrededor de diez hombres de entre 17 y 25 años, excepto por uno que ya ronda los 60 y quien fue clave para ayudarnos a conseguir el espacio donde trabajamos los sábados y me ayudó a entender el contexto de conflicto dentro del barrio. Siete de esos hombres ya son padres, aunque solo el mayor y uno de los jóvenes viven con sus parejas e hijos/as, el resto son “padres solteros”, lo que no tiene nada que ver con lo que implica ser madre soltera. Estos “padres solteros” no están trabajando. El joven que vive con su pareja e hijo sí trabaja. Otros de los jóvenes, la mayoría, tampoco trabajan. Los que sí, lo hacen en construcción, fábrica o mensajería. En su mayoría terminaron el colegio, a excepción de dos de ellos, que nunca lo iniciaron.

Caminos a La Libertad: historia, contexto y vida cotidiana

La Llegada a Quito: migración de los/as abuelos/as

Al Valle del Chota, entre las provincias de Imbabura y Carchi, lo caracteriza su población negra, traída por los jesuitas desde inicios del siglo XVI para trabajar como esclavos/as en las haciendas cañeras, y quienes posteriormente trabajaron también en los ingenios azucareros⁷. En la década de los sesenta, a partir de diversos acontecimientos políticos y económicos, entre ellos las falencias de dos reformas agrarias (1964 y 1973) que no lograron que las familias negras accedieran a la propiedad de la tierra, la vida en el campo se dificultó, y durante las dos décadas siguientes se evidenciaron grandes flujos migratorios del campo a la ciudad.

En este contexto, como suele suceder en los procesos migratorios, las redes de parentesco y otras relaciones simbólicas como el compadrazgo, la vecindad y la amistad resultaron decisivas en cuanto al sitio de llegada, pues así se dio la colaboración, con la información y facilitación para que los y las recién llegadas se ubicaran e iniciaran su nueva vida, en este caso, en la ciudad de Quito⁸. Es interesante observar el protagonismo de las mujeres en estas redes de ayuda durante el proceso migratorio, tanto en el contacto inicial como en las necesidades de llegada y asentamiento en la ciudad (Fernández Rasines, 1999)⁹. Fueron ellas, en varias ocasiones, quienes movilizaron a sus familias para tomar la decisión de partir hacia la ciudad, así como dentro de la ciudad, las que motivaron para la ocupación de tierras.

7 El sistema esclavista se mantuvo hasta mediados del siglo XIX, cuando José María Urbina decretó la supresión de la esclavitud como institución legal (1851); su abolición, sin embargo, se efectivizó, en la práctica, años más tarde (Rodríguez, 1994, en Hernández, s/f).

8 Puede entenderse que sea Quito a donde eligieran migrar; tanto por ser la capital del país como por ser la metrópoli más importante cercana al Valle del Chota, aproximadamente a cuatro horas en transporte público.

9 Esta misma situación se ha manifestado en otros procesos migratorios masivos, como la migración ecuatoriana a España de fines de siglo XX e inicios del XXI. En el mismo Caminos a la Libertad hay mujeres que han migrado a España mientras sus maridos e hijos permanecen aquí.

Tal es la historia de las y los abuelos que fundaron y viven en Caminos a la Libertad. Un vecino del barrio, cuando conversábamos sobre las motivaciones o posibles razones por las que habían decidido venirse a Quito, nos contaba que muchas familias se vinieron a la ciudad por las dificultades que tenían para acceder al mercado, decía, hay que alquilar un transporte para sacar los productos, hay que comprar los abonos y demás gastos, y por eso prefirieron migrar a la ciudad, donde creían que tendrían mayor y mejor acceso a recursos, lo que no necesariamente sucedió así.

Quienes vinieron del Valle del Chota a Quito ahora tienen más de 30 años. Se trata de los padres y madres, tíos/as y/o hermanos/as mayores de los y las jóvenes con quienes se trabajó directamente durante estos meses. Tal como se evidencia en el estudio de Hernández (2005) sobre Atucucho¹⁰, generalmente migraron grupos familiares completos, fundamentalmente nucleares y en diferentes momentos fueron llegando hermanos y hermanas de estos padres y madres, con sus respectivas familias, razón por la que puede identificarse, en barrios como Caminos a la Libertad, la presencia de una gran familia. Como dicen comúnmente, *“aquí en el barrio nos gusta estar porque todos somos familia”*¹¹.

Caminos a la Libertad no fue el punto de llegada para estas familias. De hecho, el barrio aún no existía cuando recién llegaron a Quito. Los lugares donde se asentaron variaban de acuerdo con las posibilidades de ubicación, según las cadenas y las redes que construyeron desde el Valle, con distintos/as familiares y otro tipo de relaciones establecidas en Quito. Sin embargo, antes de la posesión de las tierras de Caminos, la mayoría de estas familias vivían en El Condado, barrio cercano, donde pudieron organizarse para su traslado y ocupación.

Hay otras familias en el barrio que llegaron después de su fundación y que provienen de otros sectores del Valle del Chota. Las familias a las

¹⁰ Otro barrio poblado por negras y negros provenientes del Valle del Chota, también ubicado al norte de la ciudad de Quito y que, así como Caminos a la Libertad, surgió de la posesión de tierras; una “invasión”.

¹¹ No pude acceder a ningún censo oficial sobre el número de familias que viven en el barrio, pero de acuerdo con el testimonio de un líder barrial mayor; viven en Caminos a la Libertad alrededor de 1500 familias con un promedio de siete personas cada una. Por mera observación, diría que se trata de un número menor a este.

que llaman “fundadoras” vienen, fundamentalmente, de Juncal y Chaguayacu, del cantón Pimampiro, y también, aunque en menor cantidad, de La Caldera y Estación Carchi. Quienes llegaron luego provienen de diferentes lugares, como Santa Ana, La Concepción, Carpuela y otros. Incluso, es posible observar que las familias provenientes de Juncal y Chaguayacu se ubican en la parte baja del barrio, la primera en ser ocupada, mientras que las que vienen de La Concepción, Santa Ana o Carpuela se asentaron en la parte alta, que se creó posteriormente.

Al tratarse de una migración que ronda un período de 30 años, el sentimiento de identificación con Quito es muy fuerte, pues muchos/as de lo/as que llegaron del Valle lo hicieron con sus padres, cuando eran niños/as, y los/as jóvenes y niño/as de hoy ya han nacido en esta ciudad. Sin embargo, la relación con el Chota no desaparece, más allá del número de veces que puedan visitar el Valle. Durante los meses que estuvimos involucrados con el barrio, además de los días feriados en los que más de uno/a aprovechaba para viajar al Valle, distintas situaciones, como enfermedad de parientes, funerales y otras, fueron motivos de viajes.

Nacimiento y renacimiento del barrio: de tierras propias y ajenas

En un largo viaje en bus desde Caminos hacia el centro de la ciudad, que dura aproximadamente una hora y media, una mujer del barrio recordaba el proceso de la toma de las tierras en el barrio, de “la invasión”, como la llaman ellos/as. Uno de los líderes de aquella época, en El Condado, movilizó la organización de las familias para la ocupación de estas tierras. Ya habían intentado una toma, con menos gente, en el barrio de La Rocha, que es la parte baja del actual Caminos a la Libertad, pero no habían logrado posesionarse de las tierras. Nuevamente se organizaron y la noche del 9 de agosto de 1990 todas las familias se encontraron en las lavanderías públicas de la Av. Occidental, que ya no existen, y caminaron en la oscuridad hasta donde está el barrio hoy. Durante esa misma noche, a la luz de la luna, talaron algunos árboles y construyeron, muy precariamente, las primeras “casitas”, en los lugares que se habían ubicado de acuerdo a la designación que se diera previa-

mente. En cada una de ellas se turnaban para hacer guardia durante toda la noche y todo el día, por varios días seguidos, pues podía venir la policía o vecinos de los barrios próximos a derribar lo que habían construido. Se trataba de una ubicación/posesión momentánea “hasta asegurar la toma”. Meses después, durante los que hubo enfrentamientos con la Policía, que intentó sacarlos algunas veces¹², se fueron estableciendo en los lotes donde viven actualmente. La dirigencia de la organización presionaba para que reemplazaran rápidamente los troncos iniciales por bloques o algún material de construcción más firme, para poder garantizar la posesión.

Vale la pena señalar que, como también cuenta Fernández Rasines (1999) con relación a la posesión del Comité del Pueblo¹³, en varios casos, fueron las mujeres las que movilizaron a las familias. Incluso, cuentan que también fueron ellas las que intervinieron para frenar las represalias, muchas de ellas con armas de fuego, con las que respondió el dueño de buena parte de esas tierras, el cura Luis Pazmiño Navas, con quien nunca lograron un acuerdo de compra-venta. Como recuerda un vecino, les dijo que él nunca vendería sus tierras a indígenas, negros o pobres (Hombre, más de 45 años, 08/12/07, Diario de campo).

Hoy en día, las tierras pertenecen al hijo del mencionado cura. Los diálogos con él y los sostenidos hasta la actualidad con el Municipio de Quito no han dado resultados positivos para una compra definitiva, aun cuando alguna vez se establecieron de común acuerdo, con los y las moradoras del barrio, los costos de los lotes y las distintas formas de pago. Cinco años más tarde de la llegada al actual Caminos, a través de las demandas realizadas, lograron la construcción del alcantarillado y la instalación de luz eléctrica. Durante los meses de marzo y junio de 2008 se adoquinó la mayoría de las calles del barrio, lo que les alegra, pues en verano el polvo que vuela es impresionante y en invierno pasa lo mismo con el barro.

12 Aunque, según recuerda, no fue tan violento como se dio en el caso de Pisulí y la Roldós, donde hubo varios tiroteos de los que salieron personas muertas, razón por la que muchas otras desistieron de la posesión.

13 Otro barrio fundado de la misma manera por negros y negras del Valle del Chota y de Esmeraldas, en el nororiente de Quito.

En el año 2004 hubo una “reinvación”, liderada por algunos/as dirigentes del barrio para ocupar aquellas tierras que todavía estaban vacías. De acuerdo a lo que comentaron vecinos/as del barrio, el mismo hijo del cura intervino para que esta se realizara, puesto que conocía que, luego de 20 años de ocupación, las tierras son entregadas a los ocupantes, quienes pasan a ser los nuevos dueños. Caminos a la Libertad ya tiene 19 años, por lo que en un año más las tierras pasarían a ser de los/as moradores/as actuales. Sin embargo, como la reinvación se dio en 2004, el conteo inicia desde entonces; así que, según el Municipio, la invasión no tiene más de 4 años, lo que hace imposible para los/as vecinos/as reclamar el derecho de propiedad por los 20 años de ocupación.

Vida cotidiana y algunas dinámicas de socialización en el barrio

A través de las diversas visitas realizadas al barrio fue posible compartir distintos espacios de la cotidianidad. El fútbol es una de las actividades que convoca a buena parte de los/as habitantes del barrio, de todas las edades, hombres y mujeres. Durante la inauguración del campeonato de fútbol del barrio pudimos contabilizar alrededor de diez o más equipos, algunos incluso conformados por mujeres, quienes también tienen su campeonato.

Los sábados y domingos son los días destinados para los partidos de los diferentes campeonatos que se organizan. El equipo campeón del último campeonato fue Brasil, en el que juegan algunos de los jóvenes con quienes trabajamos esos meses y que también tiene su selección de mujeres. Otros equipos son Italia, Unión de Familia y Tetas no Tetas. Aunque con más o menos convocatoria, los partidos siempre tienen su hinchada, conformada fundamentalmente por mujeres, en su mayoría familiares y amigas de los jugadores, quienes cantan cosas como “Si ese equipo nos quiere ganar, la chucha le vamos a dar”, o cuando alguno del equipo contrario se cae o se golpea, le gritan: “¡eso te pasa por mujeriego!”. La entrada a los partidos cuesta 0,25 centavos de dólar, aunque si se ingresa luego de las cinco de la tarde, ya no hay nadie que cobre en la entrada.

Una vez terminados los sucesivos partidos de los sábados, y después de compartir algunas cervezas o el tradicional “puntas”¹⁴ entre amistades y familiares, en los alrededores de la tribuna de la cancha, caminan en “gallada”¹⁵ hacia la discoteca del barrio, Ontabas¹⁶, que no está a más de una cuadra de la cancha. La Ontabas abre sus puertas cerca de las siete de la noche y no las cierra hasta la luz del sol del domingo, sin un horario específico, pues depende de la energía de quienes aún están disfrutando del baile, el alcohol y otros placeres. Más tarde, el mismo domingo por la noche, vuelve a abrir sus puertas, hasta la madrugada del lunes. Los viernes no hay baile.

Cuando la discoteca recién abre, está la “gallada” de los hombres por un lado, compartiendo cerveza y puntas, y por otro lado, las mujeres. Poco a poco, con el calor del “trago”¹⁷, ellos se animan a sacar a bailar a las chicas, que esperan sentadas. Si bien la mayoría son jóvenes, también asisten las mujeres y hombres adultos; abuelas y abuelos. Como es normal, se juntan por grupos y la cerveza se compra por “javas” que se destinan a estos grupos, donde siempre hay alguien que disfruta de repararla en un mismo vaso que pasa de mano en mano.

El baile, tal como lo describe Hernández (2005) en el contexto de Atucucho, resulta imprescindible para la socialización entre hombres y mujeres. Es el espacio de seducción y allí se “busca” o es posible “encontrar” novio/a. Alguna vez escuché a los chicos quejarse porque aquí, en la Ontabas, ya no lograban conseguir novias como lo hacían en la discoteca que había antes en el barrio, donde también asistían mujeres “blancas”, como las llaman ellos. También hay mujeres que explican que ya no van a la discoteca porque ya pasaron la época de “conquistar”, de “buscar”, ahora ya quieren estar tranquilas, aun cuando no estén casadas. De todas formas, sucede que quienes están con pareja, casados/as, también asisten al baile, juntos o no, porque les gusta mucho y es una de las actividades lúdicas más relevantes de su cotidianidad. Las madres solteras, si bien resaltan que no pueden asistir al baile tanto como lo hacían antes,

14 Licor destilado de caña típico en Ecuador; con un grado de alcohol muy elevado.

15 También llamada “jerga”, se refiere a un grupo de amigos o amigas.

16 Que quiere decir “dónde estabas”, en un hablado rápido y abreviado, que se suele dar.

17 La bebida alcohólica.

buscan las formas de dejar a sus hijos/as al cuidado de alguien más, generalmente sus propias madres u otra pariente mujer; e ir a bailar.

El domingo por la tarde se descansa y se comparte con la familia y los/as amigos/as del barrio, con cerveza y al ritmo de la bomba¹⁸, en los exteriores de las casas.

Durante la semana y aún los sábados, las mujeres se dedican al *trabajo de casa, dentro de casa*. Absolutamente todos los días que visité el barrio, había mujeres lavando ropa, actividad que les tomaba buena parte del día¹⁹, razón por la que las distintas integrantes del hogar se turnan esta labor; así como se reparten la ropa que lavan. Por ejemplo, alguna vez pregunté a una de las mujeres mayores, de quién era la ropa que lavaba, “mía, de mi marido y de mi nieta”, me dijo, y sé que en esa casa viven más personas²⁰. Alguna vez, conversando con otra vecina, entre broma y broma se quejaba de tantos uniformes que tenía que lavar; lo que no hacía ni cuando sus hijos/as iban a la escuela. Ella estaba lavando los uniformes de sus nietos/as que, aunque no viven en su casa, viven en el barrio.

Las piedras para lavar la ropa muchas veces son utilizadas, de manera simultánea, por más de una mujer; con lo cual, lavar la ropa es también un momento y espacio de encuentro de distintas mujeres de la familia. Madres, hijas, nueras, cuñadas, primas y demás que, entre fregada y enjuagada, conversan incansablemente, durante esas largas horas, sobre las novedades del barrio, lo que pasó con tal vecino, los chismes del baile anterior; las “chumas”²¹ de tal y cual, y de ellas mismas, así como de sus preocupaciones diversas con relación a la comida y sus costos, la limpieza, la educación de los/as hijos/as, los conflictos del barrio, los malos hombres, los juicios de alimento, las nuevas madres y mucho más.

18 Ritmo musical afroespañol tradicional del Valle del Chota.

19 Una vez acompañé a una de ellas durante algunas horas mientras lavaba ropa, estuve ahí tres horas, pero ella ya llevaba cinco y aún no terminaba. En otra ocasión, ya eran las 14h00 y pregunté a la Doña, quien ya tiene alrededor de 65 años, hasta qué hora lavaría, “más o menos hasta las seis de la tarde”, me dijo. Había iniciado alrededor de las 10h00 y todavía no había almorzado.

20 Su nieta, si bien no vive permanentemente en esa casa, pasa allí varios días a la semana, pues asiste a la guardería del barrio mientras su madre, con quien vive al norte de Quito, trabaja, y no la puede ir a buscar todos los días. Este cuidado compartido entre las mujeres de la familia es algo común en el barrio.

21 Borracheras.

En contraste, los hombres de la casa, en las ocasiones en que pasé por ahí, estaban descansando, pues muchos trabajan por las noches, o estaban mirando películas, conversando con otros de la “gallada”, sentados en una esquina del barrio, compartiendo discos de bomba y otra música, así como películas. Ellos no tienen una tarea específica que cumplir con relación al cuidado del hogar o de los/as otros/as, como son la limpieza, la preparación de la comida o el cuidado de menores. Pero cuando se trata de aquellas tareas que “son de hombres”, como las vinculadas al cuidado de la infraestructura de la casa, solo ellos pueden hacerlo. Se los puede ver cortando madera, preparando cemento o colaborando en las mingas para la construcción de la casa de alguna familia vecina. Otras veces, pude ver que aprovechan para comprar algunas frutas y verduras cuando pasa un camión ofreciéndolas por el barrio; aunque una vez que padre e hijo salieron a comprar, las mujeres que quedaron dentro de casa bromearon con que volverían sin lo que ellas habían pedido o habiendo gastado más de la cuenta.

Esta distinción entre el uso del tiempo y las ocupaciones de las mujeres y los hombres no resulta exclusiva de la dinámica de Caminos a la Libertad. Hernández (2005) observa la misma división entre las familias de Atucucho y, al mismo tiempo, son patrones que responden a la división sexual del trabajo establecidas de manera hegemónica en las relaciones de género observadas en la sociedad ecuatoriana (Verdesoto, et al., 1995), en particular, y latinoamericana, en general (Lagarde, 2003 y Jelin, 1998), así como de otras latitudes (Hartmann, 2000).

Trabajo y economía familiar

Casi todas las mujeres con las que hablamos trabajan como empleadas domésticas en barrios residenciales de la ciudad, limpiando, cocinando o cuidando a los/as niños/as, o todo a la vez, y mencionaron que la gran mayoría de las mujeres del barrio trabajan en lo mismo, como también se evidencia en otros estudios sobre afroecuatorianos/as (Hernández, 2005; De la Torre, 2001) y Fernández Rasines, 1999). Generalmente, se van temprano por la mañana y vuelven por la noche, razón por la cual

aquellas que son madres dejan a sus hijos/as al cuidado de otras mujeres, parientes, que se quedan trabajando en sus propias casas. Esta ayuda entre mujeres es imprescindible en la economía familiar; en cuanto a las dificultades que existen para la conciliación de la vida familiar con la laboral, sobre todo, cuando se asume que los hombres²² sí deben trabajar fuera de casa, por lo que comúnmente están ausentes durante el día o descansando cuando trabajan por las noches, lo que los exime/“justifica” de responsabilizarse del cuidado de los/as niños/as y otros trabajos domésticos, además de que a ellos no les corresponde, de acuerdo con la división sexual del trabajo.

De acuerdo con los cálculos de una de las mujeres con quienes conversamos del tema, el pago promedio que reciben por una jornada de trabajo que ronda entre las 8 y 10 horas es de 3,50 dólares. A esto debe restársele el gasto en transporte, mínimo 0,50 centavos de dólar, en caso de que solo necesiten un bus para ir y otro para volver²³, así como a las horas de trabajo hay que sumar aquellas ocupadas en transportarse (Mujer, 35 años, 25/11/07, Diario de campo). Esto ya señala una clara situación de trabajo precario, al que usualmente pueden acceder las mujeres (Todaro y Guzmán, 1995). Los trabajos informales que no implican un contrato que defina las relaciones laborales, sin ningún tipo de seguridad social y laboral, por lo tanto, aumentan las posibilidades de explotación y distintos tipos de abuso, situación que es difícil de superar en vista de las limitaciones en el acceso al mercado de trabajo que viven estas mujeres que, además de tener bajo nivel de instrucción, son discriminadas por ser negras.

Son comunes las historias en que ellas renuncian a las casas en las que trabajan porque sus jefas y jefes eran “muy abusivos” y esperaban que ellas trabajaran de lunes a sábado y también los feriados, todo el día. “Y yo tengo a mi hijo, yo tengo que ver por él, no puedo dejarlo siempre solo y pasar trabajando todo el tiempo”, explicaba una de ellas, de 22 años de edad; aun cuando podía, como usualmente lo hacía, dejar su hijo al cuidado de su sobrina, su hermana o su madre, quienes no tienen

22 Sobre todo adultos, puesto que muchos jóvenes entre 19 y 24 años no trabajan. Juegan fútbol algunos fines de semana, cuando los llaman, y ganan entre 20 y 30 dólares por partido.

23 El transporte público en Quito cuesta 0,25 centavos de dólar.

trabajo fuera de casa. Ella es la madre y ella *debe* buscar las formas de estar más tiempo con su hijo, pues es la principal responsable de su crianza, aunque la ayuda de las otras mujeres de la familia siempre está ahí y le es fundamental.

Otra historia que llamó la atención fue la de una mujer del barrio, quien pidiera un préstamo a sus jefes en la casa donde trabaja, para aportar en la terminación de la construcción de su casa propia. Por esto, sus jefes habían establecido que no le pagarían hasta que la suma de los sueldos mensuales que a ella le correspondían alcanzara el total de la deuda, lo que significaba cerca de cinco meses sin ingresos. Explicaba que apenas terminara de pagar el préstamo buscaría otra casa donde trabajar; pues esto había traído problemas con sus jefes, quienes comenzaban a acusarla de cosas por las que ella no era responsable (Mujer, alrededor de 28 años, 25/11/07, Diario de campo).

Otros trabajos comunes entre las mujeres del barrio también están vinculados al servicio, pero son realizados en restaurantes u hoteles de distintos sectores de la ciudad. Una de ellas nos contó que tuvo que renunciar cuando casi cae desmayada en el sitio de trabajo, porque su jefe no le había otorgado los dos días de descanso que indicaba el reporte médico. Afortunadamente, ella siguió el proceso legal y ganó su merecida indemnización, lo que no resulta común en un contexto de amplio desconocimiento de los derechos²⁴ (Mujer, 35 años, 24/03/08, Diario de campo).

Entre los hombres, los trabajos más comunes son el de construcción, trabajos diversos en fábricas, guardias de seguridad, sobre todo por las noches, ser policías, mensajeros y el fútbol. Este último resulta una estrategia más generalizada entre los jóvenes que no son el sostén de un hogar. Aun algunos jóvenes que han sido padres recientemente, con 19

24 Estas situaciones tienen que ver con el escaso reconocimiento de los derechos sociales y laborales por parte del Estado y la sociedad. En el caso de las entrevistadas, al parecer, el único acceso que tienen al conocimiento de sus derechos son algunos cursos/talleres que dictan el Municipio u otras instituciones, a los que asisten pocas mujeres del barrio. Es preciso señalar que la protagonista de este relato había participado de estas actividades. Otro de los espacios de reconocimiento de derechos, en este momento, es la alfabetización, que se dicta los sábados en el barrio donde, paralelamente al refuerzo de sus habilidades de lectura y escritura y al acceso a un título de 3er año de secundaria, aprenden sobre derechos laborales.

años de edad, pero que no viven con las madres de sus hijos e hijas, no se muestran muy preocupados por conseguir trabajo y recurren al pago de los partidos de fútbol, para los que llaman a algunos jóvenes del barrio, de vez en cuando, los fines de semana²⁵. Fue interesante compartir una conversación en la que las mujeres jóvenes insistían en que ahora que eran padres debían buscar trabajo para ayudar a criar a sus hijos, a lo que ellos no respondían con la misma preocupación (Conversaciones con hombres y mujeres jóvenes, entre 14 y 20 años, 15/04/08, Diario de campo). Vale notar que, según hemos constatado, son los/as abuelos/as quienes realmente aportan para el sustento económico de los/as nuevos/as integrantes de la familia.

Caminando a la libertad jóvenes, sexualidad, maternidad y paternidad

Terceros/as en las relaciones de "pareja"

Una de las cosas que más llamó mi atención en las distintas conversaciones sostenidas con las chicas del barrio es el tema del *respeto*, como un aspecto importante en el comportamiento que esperan de un hombre con quien establecer una relación. Esta idea de respeto se expresa, fundamentalmente, a través del hecho de que los hombres, cuando estén con otras mujeres fuera de la relación, no lo hagan delante de ellas. Recuerdo que al hacer la distinción entre relacionarse con un hombre "blanco" y uno negro dijeron que los primeros "son más respetuosos, o sea, no lo hacen delante nuestro" (Mujer, 16 años, 20/04/08, Diario de campo). Aunque ellas no siempre se enteran cuando ellos están con otras chicas, todas asumen que es así. Sin embargo, de acuerdo a lo que

25 Esta fue otra de las razones por las que algunos de ellos no asistieron algunos sábados a los talleres de percusión/hip hop/breakdance, pues en su contexto, una "chamba" de un par de horas, tan fácil como jugar fútbol por unos cuantos dólares, significa una mucho mejor utilización del tiempo que alimentar un proceso de aprendizaje e intercambio para futuras acciones dentro del barrio, lo que comprendimos plenamente.

me explicaban, sucede que cuando se enteran ellas reclaman a sus parejas, quienes generalmente lo niegan o piden disculpas y, supuestamente, aclaran a las otras chicas que ya no pueden estar con ellas, porque realmente quieren a sus novias.

Aun cuando esta demanda por respeto y los reclamos de que no estén con otras chicas son continuos por parte de ellas, esto persiste y, según cuentan, también es común que ellos lo hagan cuando sus parejas pueden verlos, "sobre todo para darnos celos" (Mujer; 16 años, 15/04/08, Diario de campo). "Qué sucede entonces", pregunté, "nada", me dijeron. Ellas simplemente ya no los buscan más hasta que, al cabo de unos días, ellos se acercan, escuchan sus reclamos, piden perdón y, casi siempre, ellas acceden a continuar con la relación.

Sucede todo lo contrario si es que una de ellas es acusada de estar con otro hombre mientras mantiene una relación con alguno de los chicos del barrio, aunque esto no fuese comprobado. Algunas veces escuché que ellos creen más las historias que se cuentan sobre ellas, y por eso las dejan. Ante la duda y la estigmatización de ser un "cachudo"²⁶, ellos prefieren alejarse de ellas y reivindicar su virilidad y condición de hombres, a los que no se les juega por las espaldas, aunque eso no hubiera pasado en algunos de los casos. De las historias que escuché, llamó mi atención aquella en la que una de las chicas me contó de una amiga suya que estaba triste porque su novio ya no la trataba como antes, la despreciaba, no quería que lo toque, pues decía que ella tenía otro novio. Aunque ella lo negara, él prefirió la distancia. Una de las chicas contó que luego de unos días de no buscarse,

"El maldito lo que hizo fue llamar a mi amiga para decirle que quería tener relaciones, ella aceptó y se fue a la casa de él. Luego de que lo hicieron él le gritó que era una puta, callejera, zorra, perra, que le daba asco. Eso de que le daba asco fue lo que más le dolió a mi amiga. Solo porque él se creyó todo lo que dicen por ahí sus amigos de que ella anda con otro novio" (Mujer; 16 años, 19/03/08, Diario de campo).

26 "Meter los cachos", "meter los cuernos" se refiere al hecho de ser infiel a tu pareja. Ser "cachudo" o "cornudo" significa, sencillamente, que "tu" mujer estuvo con otro. Lo que está detrás es que, posiblemente, no eres lo suficientemente "hombre" como para satisfacerla y por eso se fue con otro.

Otras actitudes por parte de ellos que indican esta necesidad de reafirmación de su masculinidad, sobre todo ante sus pares, como suele suceder según explican las teorías sobre masculinidades (Fuller, 2005), son las diferencias en el trato que tienen hacia ellas, sus novias, cuando están junto a los demás chicos de la "gallada" y cuando están con ellas a solas. Al contarme por qué ella había querido separarse de él, entre otras cosas, mencionó que "él era uno cuando estaba conmigo solo y otro cuando estaban todos los chicos. Conmigo era todo bueno, dulce, era un pan de dios, en cambio cuando estaban todos, él quería hacerse el varoncito, el macho, entonces me gritaba, me trataba grosero" (Mujer; 16 años, 26/03/08, Diario de campo). Cuando me contaban esto, también estaban presentes otros amigos de la "gallada", quienes no negaron lo que ella decía y, más bien, afirmaron que es muy común que así sea, que así es como se dan las relaciones. Parecían no aprobarlo de lleno pero, al mismo tiempo, aceptaban el código.

¿Maternidad y paternidad?

Durante los meses que pasamos involucrados con el barrio conocimos algunas familias con mujeres jóvenes embarazadas. Entre mediados de marzo y mediados de abril, tres de ellas dieron a luz —"se fueron a París", como dicen ellas/os²⁷— y todas tienen entre 16 y 17 años. Ninguna vive con su pareja, y estas relaciones tampoco parecían muy formalizadas antes del embarazo, al igual que hoy.

Si bien dos de los padres reconocieron a sus hijas, no muestran interés en ser, también ellos, protagonistas importantes en el cuidado y crianza de sus bebés, ni afectiva ni, mucho menos, económicamente. De hecho, ninguno de los dos trabaja. Sin embargo, a partir de conversaciones y experiencias contadas por mujeres del barrio, el reconocimiento del/la hijo/a por parte del padre es uno de los pasos más importantes en las vidas del/la hijo/a y la madre, quien, de esta forma,

27 Pocas veces escuché la palabra "parir"; casi siempre, cuando hacían algún comentario al respecto o alguna pregunta decían: "¿cuándo vas a París?" o "a vos no te dejan ir a París" (refiriéndose a que al marido no lo dejaban entrar a la sala de partos).

garantiza el vínculo a partir del cual puede demandar la ayuda requerida en distintos momentos, aunque muchas veces esta no se le da. Pero, más importante aun es que este reconocimiento de los padres las libera de la “culpa” y/o la “vergüenza”, producto de los comentarios y rumores de parientes y vecinos/as que las catalogan como promiscuas, fáciles, “locas”²⁸, en tanto que no hay certeza pública de quién es el padre, porque seguramente podría ser cualquiera, aunque muchos/as supieran quién es, pues comúnmente es alguien del mismo barrio. De alguna forma, esto pasó con una de estas jóvenes, quien dará su apellido a su hijo, puesto que el padre “desapareció”, aunque vive en el barrio.

Vale notar que el estigma recae solo sobre ellas. De hecho, es común escuchar que a las mujeres hay que cuidarlas más, “porque ellas son las que tienen las de perder; los hombres no, porque ellas pueden quedar embarazadas” (Hombre, 21 años, 14/05/08, Diario de campo). Con esta razón justifican que a ellas no se las deba dejar salir a bailar tan seguido o hasta que cumplan determinada edad, y que se debe tener más ojos puestos sobre ellas, lo que no sucede con los hombres jóvenes. De esta forma, se asume tácitamente, aunque se sabe que no es así, que ellas son las principales, y prácticamente las únicas, responsables de quedar embarazadas, para lo que sus familiares, sobre todo sus madres y padres, las “ayudan”, a partir de un claro control sobre su sexualidad, basado en la restricción de algunas actividades de diversión (ver también Hernández, 2005).

En las historias que conocí en las que los padres no habían reconocido a sus hijos/as y ellas, como madres, buscaron las formas de exigirles este reconocimiento, incluso yendo a buscarlos hasta en otras ciudades, no recibieron apoyo de sus familiares y tampoco de la comunidad en general, que siempre sabe lo que sucede. Incluso, me contaban, las mujeres que hacen esto son mal vistas y por eso mismo son pocas. Aunque parece, desde su perspectiva, que cada vez se dan más cuenta; al menos, los juicios de alimento son más comunes, aunque duren varios años en concretarse y la pensión sea más bien simbólica.

28 Casi siempre se refiere a una mujer que anda con muchos hombres.

La maternidad entre las jóvenes, aunque no resulta un hecho aislado en el barrio, tampoco es aplaudida, ni por ellas ni por el resto de la comunidad, y, comúnmente, se refieren a ella como un “error”²⁹. Alguna vez, una de ellas me explicó que los motivos por los cuales cometían estos “errores” eran los muchos problemas que tienen, que las llevan a esto. Problemas de mucha soledad, de mucha violencia en sus casas –física y psicológica–, historias en las que sus madres “las tienen como esclavas, haciendo todo lo de la casa”, por lo que la cercanía afectiva, por más difusa que pueda ser, con una persona de fuera de casa, como un hombre que les brinda ese refugio que necesitan, aunque sea por un momento, las hace sentir mejor; y así “pasa lo que no debía pasar” (Mujer, 16 años, 15/04/08, Diario de campo).

En todas las conversaciones en las que salía el tema del embarazo en mujeres jóvenes, este era motivo de preocupación, pero, paradójicamente, también de mucha sonrisa y alegría por parte de algunas de las futuras madres. De hecho, ser madres es algo que todas anhelan, al igual que casarse. Aquel día en que muchos de las y los amigos³⁰ de una de las jóvenes que recién había dado a luz la visitaban en su casa para conocer a la nueva integrante de la familia, comentaban sobre los pronósticos de las futuras madres, quién sería primera, segunda, luego tal y finalmente tal otra. “¡No malees!”, reclamaban ellas. Este verbo, “malear”, resultó muy notorio en el contexto en que nos encontrábamos. Se refiere a echarle/enviarle/marcarle el mal a una persona, a una mujer; con relación a un futuro embarazo, siendo ella todavía muy joven. Aun estando alrededor de su amiga, con su beba de apenas pocos días, a quien cuidaban, recibían con sonrisas y se tumaban y demandaban sostener³¹, y aunque ahí también

29 La misma palabra es subrayada por Hernández (2005) cuando describe la realidad de Atacucho en torno a los embarazos de adolescentes.

30 Que al mismo tiempo son cuñadas/os, primas/os, vecinos/as.

31 Así como también se tumaban para hacerle la comida o ir a buscarla a una de sus casas, puesto que su madre estaba trabajando y su padre descansando (trabaja toda la noche en una floristería). Aunque su hermano mayor estuviera en casa no es su *deber* preocuparse por la comida de su hermana recién parida. Sus amigas y parientes estuvieron todo el día controlando su alimentación –caldo de pollo, colada de avena, arroz con maduro y sin frijoles para que no les de gases ni a ella ni al bebé–. Durante este mes ella debe alimentarse mejor que nunca, para tener más leche y alimentar mejor a su bebé ahora para garantizarle una buena nutrición. La madre más “vieja” de las que estaban allí, que tan solo tiene 27 años, le dio cla

estaba otra de las jóvenes quien fuera madre hace pocas semanas, señalar a una futura madre joven era señalar algo “malo”. De todas formas, luego de poner cara de susto cuando se las “maleaba”, se entretenían describiendo cómo serían, físicamente, los hijos que seguro tendrían.

Al poco tiempo llegó el padre de la beba recién nacida, con 19 años y a quien le insistían para que la “amarcara”³², a lo que él, disimuladamente, se resistía. “Es que no sabes cómo”, le decían ellas, lo que bastó para que lo hiciera. “Presta para acá”, dijo, como si se tratara de un objeto cualquiera al que no habría motivo para no poder sostener: “Pero, tenle bien la cabeza”, le reprochaban, y enseguida su madre solicitó a su hija, reclamando que él no sabía cómo hacerlo. “Bueno, toma, que es tuyo, acaso yo me voy a quedar con ella”, contestó él en tono de broma y algo avergonzado porque habían señalado su incapacidad. Entre chistes que siguieron él mencionó que ya mismo irían al tribunal a solucionar esto, sugiriendo que él se eximiría de toda responsabilidad (Varios/as jóvenes, entre 14 y 20 años, 15/04/08, Diario de campo).

El padre visita casi todos los días a su hija, al igual que su madre, aunque ella no los ayuda económicamente –pues son el padre y la madre de ella quienes asumieron la responsabilidad económica para el cuidado de la beba, lo que resulta común entre las madres adolescentes—. Tanto así que cuando pregunté a una de las chicas, también de 16 años, si ella quisiera ser madre pronto, me dijo que le gustaría mucho pero que era algo que no podía permitir que sucediera, pues “yo no tengo ni papá ni mamá”. Explicó que son los/as abuelos/as quienes se hacen cargo, porque ellas tienen que terminar de estudiar, y si no lo hacen, entonces se quedan en casa, responsables de las tareas del hogar y cuidando a sus hijos/as, pero no trabajan³³. La historia se complica aun más

ras instrucciones sobre los horarios de comida de la nueva madre a una de las chicas que se encargaba en ese momento de la preparación.

32 Para que sostuviera a la beba en sus brazos.

33 Conversando sobre esto con una de las mujeres del barrio, me contaba que hablaba con uno de los conocidos ladrones del barrio –aunque igual es querido por muchos– y que él le decía, sobre todas las madres y padres jóvenes que hay, que “ni robar saben, menos van a poder criar un hijo. Y es que nadie trabaja, todos tienen hijos y son los padres de ellos los que los mantienen”. “Él tiene como 14 hijos”, contaba ella, con distintas mujeres, pero todos lo quieren mucho porque él no se olvida de ninguno, los cuida y les da regalos (Mujer; 35 años, 26/03/08, Diario de campo).

cuando el padre de estas madres jóvenes también se fue de casa, dejando a la madre a cargo de todo, y ahora que son abuelas hay alguien más por quien velar.

Entre los varios temas que les preocupan, ahora que son madres, está el hecho de no poder asistir a los bailes como lo hacían antes. Pronto sería el baile por el Día de la Madre y quien diera a luz hace pocas semanas les confirmaba que no podría asistir, pues no tenía a quién dejar su beba, aunque ella vive con su madre, abuela, prima y otras personas. “Al menos un año sin ir a bailar deben pasar”, decía una de ellas, quien todavía no es madre. Inmediatamente reclamaron las que sí lo son, “y vos, ¿te vas a aguantar un año sin ir a bailar cuando tengas guagua?”, dijeron, “yo, a los 15 días ya he de ver con quién la dejo y me voy a bailar” (Conversación con mujeres, entre 14 y 18 años, 15/04/08, Diario de Campo). Entre aquellas madres que ya lo son hace algunos años, aunque no superan todavía los 30 años de edad, la imposibilidad de bailar tan seguido fue una de las primeras situaciones que señalaron, “ya no puedo salir a joder como lo hacía antes, porque primero están mis hijos y luego cualquier cosa” (Mujer; 27 años, 15/05/08, Diario de campo).

Me interesaba conocer desde la perspectiva de ellas, cuáles eran sus interpretaciones del hecho de que muchas mujeres fueran madres de tantos hijos, algunas veces de padres diferentes, y también del hecho de que muchas lo fueran desde muy jóvenes. ¿Qué significa para ellas ser madres? Una de ellas explicaba que, desde su visión y tras haber compartido con estas mujeres toda su vida, se trata más bien de una intención por conseguir marido, pues esto es lo que una mujer *debe* lograr en un determinado momento de su vida. Una forma de conseguir marido, piensan ellas, decía, es a través de un hijo, pues esto hace que ellos se queden, al menos por algunos años más, junto a ellas, lo que también implica que ellos invierten dinero en ellas, en su hogar y en la familia, ayudándolas económicamente, se supone, porque es lo que ellos *deberían* hacer; enfatizó. De una u otra forma, esta “estrategia” sí ha funcionado, “pero cada vez menos”, pensaba, en vista de que muchas de las mujeres del barrio son madres solteras. Y es que los hombres asumen cada vez menos la preocupación o la responsabilidad de sus hijos, explicó:

“Ahora les importa menos y se van nomás. Ellos no cargan con el peso del castigo social y moral que cargamos nosotras por tantas cosas, por ejemplo, por no tener un marido, por no ser madres. Además, si es que se nos ocurre denunciarlos por juicio de alimento, como yo, somos tachadas de malas, de histericonas, interesadas, cómo le vamos a hacer eso a él que es tan bueno. Ellos no son recriminados por no hacerse cargo de los hijos que reparten por ahí. Además, lo que pasa es que las mujeres mismas no piensan así, no se les ocurre que tienen derecho a exigirles dinero para sus hijos, más o menos ya tienen asumido que deben cuidar de ellos solas, que así mismo es, pues ellas son las madres. Si resulta bien, entonces él estará cerca o al menos pasará dinero, si no, ni modo” (Mujer del barrio, 35 años, 11/04/08, Diario de campo).

Ella siempre recuerda lo mal vista que es por el juicio de alimento que le sigue al padre de su hija y por los reclamos que le hacía para que la ayudara con su crianza. También recuerda la misma negativa que se muestra hacia otras mujeres del barrio que actuaron como ella. Y dice que no hay apoyo entre ellas para seguir adelante con acciones de este tipo.

“También por mucho de lo que chismean por ahí, yo me aislé bastante, entonces no salgo mucho. Y es que sí he recibido mucho desprecio por parte de la gente y de la familia misma, porque tuve una hija y no me casé. El resto todas se casaron, o por lo menos se juntaron con los padres de sus hijas. En cambio yo no, y eso hizo que ya no me inviten, o que se manden las típicas indirectas directas y eso a mí no me gusta, así que me alejé. Después, como ya tenía una relación estable, entonces ya volvieron como a aceptarme, pero después otra vez, ya le tuve a mi otra hija y me separé, así que otra vez es el rechazo. Siempre son así con las mujeres que no nos casamos”³⁴ (Mujer del barrio, 35 años, 16/04/08, Diario de campo).

No obstante, es claro que tienen menos hijos/as que antes. Según me explicaron ellas, ahora saben más sobre cómo prevenir embarazos no

deseados, y también influye el hecho de que están solas y por eso tienen menos hijos. Antes, el promedio de hijos rondaba los seis y ahora difícilmente supera los tres, aunque hay casos y casos. Sucede que antes, en el Valle, los matrimonios, muchas veces, los arreglaban los padres y las mujeres se casaban alrededor de los 14 años, lo que aumentaba las posibilidades de mayores embarazos y más número de hijo/as.

Yo sumaría, a los factores que inciden en las posibilidades de embarazos no deseados, más allá del número de hijos/as que se tengan ahora, la violencia sexual a la que estas mujeres están expuestas en el contexto en el que viven. Algunas de las historias que pudieron contarme, unas personales y otras de mujeres que conocían, demuestran que no es extraño que alguien cercano a ellas busque el momento preciso para abusarlas sexualmente. El alcohol fue nombrado en todas estas experiencias e incluso asumido como uno de los principales responsables.

En un caso, algunas chicas estaban con sus primos tomando cerveza en casa de uno de ellos, una de ellas se sintió mal y él se ofreció acomodarla en su cama. Como no regresaba pronto, su otra prima se acercó para ver qué pasaba y lo encontró a él sobre ella, a quien ya le había sacado la blusa. Otra situación se dio en una fiesta de matrimonio. Ella se sintió mal y se fue a acostar, al rato, entre sueños, sintió que alguien buscaba bajarle los pantalones y la manoseaba, era un primo mayor de mucha confianza. A otra joven, cuando era niña, su padrastro, quien ya la había manoseado en varias ocasiones, finalmente intentó violarla, pero afortunadamente su tía lo impidió y lo detuvo a golpes. Otra situación de abuso que me contaron se da dentro de un matrimonio, en el que él suele regresar borracho a su casa, tarde por la noche y con muestras de haber tenido sexo con otra mujer. Cuando exige a su esposa tener relaciones sexuales y es rechazado, casi siempre inicia una pelea con golpes y maltrato verbal. Algunas veces ella logra deshacerse de él y, otras, él logra su propósito.

En este último caso, al no tratarse de una situación aislada ni desconocida para ella, la protagonista tiene la posibilidad de anticiparse y protegerse con anticonceptivos, para evitar un embarazo no deseado. Lo que no disminuye el nivel de violencia y tampoco significa que se elimine esta posibilidad. En los demás casos, si alguien no hubiera llegado en

34 El estudio de Hernández (2005) también da cuenta de esta situación de rechazo y estigmatización a las mujeres que no cumplen con su deber de ser madres y esposas.

el momento preciso para prevenir las violaciones³⁵, estas mujeres, muy probablemente, hubieran tenido que enfrentarse a un embarazo no deseado. Según la información suministrada por las mujeres del barrio, a esta situación se suman, por lo general, el rechazo de la familia y de la comunidad, además de las dificultades –de información, económicas y sanitarias– para acceder a un aborto seguro, en caso de así decidirlo, y la culpabilidad por no haber evitado ese embarazo no deseado. Otra cuestión señalada en los testimonios es el trastorno que implica el silencio de tal experiencia, pues difícilmente lo cuentan, ni siquiera a miembros cercanos de la familia, madres o hermanas, por miedo a ser condenadas y culpabilizadas de tal suceso. Respeto a estas historias, también me dijeron que jamás habían hablado de esto en casa o en el barrio, porque sabían que esa misma gente las condenaría.

Salud sexual y reproductiva entre las y los jóvenes negros/as del barrio

El sexo es todavía un tema tabú entre las familias del barrio. Los padres y las madres no lo hablan con sus hijos/as sino que se remiten a llamarles la atención cuando observan comportamientos que no aprueban con respecto a su vida social y, específicamente, a su relación y cercanía con otros hombres, algo que también fue observado por Hernández (2005) en su estudio en Atucucho. Si bien se trata de dos poblaciones negras provenientes del Valle del Chota, lo que ya marca algunas similitudes, este es el patrón generalizado en toda la sociedad ecuatoriana, donde la religión católica y la Iglesia, particularmente, han logrado una fuerte influencia en la construcción de la moralidad de la población, aunque en la “oscuridad” o en la invisibilidad pública la realidad contradice a esta moralidad de castidad.

35 En Ecuador, el 86,1% de los reportes de violaciones a mujeres fue cometido por un pariente cercano, un conocido o un vecino. Se afirma que es más probable ser violada por una persona conocida en un lugar físico también conocido, que por un hombre cualquiera en la calle.

Básicamente, la única fuente de información es la que tienen en las escuelas y colegios³⁶, a donde no todos/as los/as jóvenes del barrio asisten³⁷. Lo que sucede con esta información, me explicaba una de las mujeres del barrio, que también es madre, es que como no hay un diálogo serio retomado en casa, muchas veces lo que “aprenden” en clases se presta a interpretaciones propias de las y los chicos, de acuerdo a sus imaginarios y a lo que han escuchado al respecto en diferentes contextos. Por ejemplo, contaba que una vez una niña de 11 años le decía a su amiga, de la misma edad, que estaba embarazada porque había escuchado en la escuela que cuando no hay menstruación es porque estás embarazada. Le faltó el detalle de que ella aún no había iniciado su ciclo menstrual, por lo cual era imposible que estuviera embarazada, además de que nunca había tenido relaciones sexuales.

Entre las varias interpretaciones con respecto a este tema, escuché algunas vinculadas con el uso de anticonceptivos. Les preguntaba por qué resultaban embarazadas aunque supieran cómo prevenir esos embarazos. Por un lado, me explicaba una de las jóvenes, por más que sepan cómo prevenirlo, no siempre se cuidan, porque dicen “para qué usar esa cosa (el condón) si de todas formas siempre se rompe” (Mujer, 16 años, 19/03/08, Diario de campo). Dos ideas pasaron por mi cabeza: a) justamente, por la deficiente educación sexual, los hombres no saben realmente cómo usar el condón y este se rompe más veces de lo normal, o b) esa es la explicación que han construido, sobre todo ellos, para no tener que usarlo, en vista de que lo consideran incómodo. De una u otra forma, y puede haber muchas otras explicaciones para esta idea de lo poco funcional que resultan los condones, el resultado es su poco uso, y lo que normalmente hacen es “terminar afuera”, lo que aumenta

36 Educación sexual notoriamente reducida, sin regulación real por parte del Estado, que tampoco tiene una política pública clara con respecto a la salud sexual y reproductiva de la población. No hay campañas publicitarias en radios, TV ni otros medios, como gráficas en la vía pública o festivales, prácticamente nada. En los últimos meses, en el contexto de la Asamblea Constituyente, se ha suscitado un debate público acerca del tema del aborto, sin que el Estado haga más que un pronunciamiento al respecto, en el que defiende la vida desde la concepción y está en contra del aborto, aun cuando este significa la segunda causa de muerte materna en el país (CONAMU, 2005: 46).

37 Entre las y los jóvenes a quienes conocimos (alrededor de 20), tres no habían ingresado al colegio y uno estudiaba a distancia y asistía una vez cada 15 días.

las posibilidades de ocasionar un embarazo. Y por otro lado, sobre las pastillas anticonceptivas, me habló de que son peligrosas, porque además de provocar problemas físicos, igual es posible quedar embarazada y “tus hijos salen con deformaciones o cosas así”, por eso no es común que las jóvenes las usen.

Esto nos muestra que, entre ellas, sí conversan, al menos un poco, sobre su sexualidad, las relaciones sexuales, cómo cuidarse y demás. Una de ellas, la última de la “gallada” en tener relaciones sexuales³⁸, recordaba que tuvo miedo ante “su primera vez”, porque sus amigas le habían contado que dolía muchísimo. El problema es que estas conversaciones se están dando en un contexto de falta de información. Adicionalmente a este flujo de información con una alta carga de “mitos”, cuando desean acceder a condones, esto no les resulta fácil, pues aunque en el centro de salud del barrio se entregan gratis, no acuden a él y, además, “los días que fui a pedir condones me dijeron que no tenían más y no sabían cuándo tendrían nuevamente”. La farmacia más cercana está en el barrio de al lado, a unas ocho cuadras y, aunque hay una tienda en el barrio que los vende, las cajas de tres condones cuestan dos dólares, lo que resulta un costo significativo para ellos, sobre todo para los que no trabajan, que son la mayoría. Las chicas, definitivamente, nunca compran condones, y no siempre tienen éxito en que ellos los usen, pues la famosa “prueba de amor” también forma parte de sus realidades. Esta se refiere al hecho de que ellos insisten en no usar condón, pues sería una demostración de amor; además de que las acusan de no tener confianza en ellos o de que solicitar el uso del condón significa que ellas tienen relaciones sexuales con otros hombres además de él. Para demostrar que no es así, deben acceder a tener sexo sin protección.

A las mujeres que ya han pasado los 20 años y tienen una relación estable y formal, aunque sin convivencia³⁹, también se les dificulta exigir el uso de anticonceptivos, por las razones antes mencionadas y también

38 Todas tuvieron su primera relación sexual a los 14 años, mientras ella la tuvo a los 15. Llegar vírgenes al matrimonio no es una preocupación ni para ellas ni para casi nadie, pues, hoy por hoy, dicen, ya nadie llega virgen al matrimonio, aunque este siga siendo uno de los objetivos más importantes en sus vidas.

39 Pero sí duermen juntos varias noches en casa de uno u otra, dependiendo del contexto permisivo.

por la común insistencia de ellos en tener un hijo. Una de las mujeres del barrio contó que ella, ante la negativa de su pareja para el uso de condones y su constante pedido de un hijo, tuvo que mentirle diciendo que tenía problemas para quedar embarazada y lo que hacía era tomar pastillas anticonceptivas a escondidas. Alguna vez él descubrió que ella tomaba las pastillas y ante su enfado ella tuvo que inventar que las mismas pastillas eran parte del tratamiento por su problema de esterilidad. Cuando llevaban casi siete años de pareja él cumplió con el ritual de la fiesta para “pedir la mano” al padre de ella y comenzó la planificación de la boda. “Ahora que nos vamos a casar debemos tener un hijo”, le decía él. Su felicidad por el matrimonio la convenció de acceder a la solicitud de él, en vista de que confiaba en que sería una pareja duradera y no volvería a pasar lo que con el padre de su primera hija, a quien ha criado sola. Se equivocó. No solo que el matrimonio se dilató una vez que se confirmó su embarazo y nunca logró concretarse, sino que, al cabo de un año de maltrato, ella decidió terminar con la relación, y desde entonces, el padre no le brinda ninguna ayuda, ni afectiva ni económica, para la crianza de su hija. Le han dicho que para ayudarla, la hija debe vivir en casa de sus abuelos paternos, como lo hicieron con la hija de su otra nuera. La interpretación de esta mujer de su situación llamó mi atención.

“En esta él ganó. Él quería dejar su huella de poder marcada sobre mí, como hacen todos. Fue como decir: de mí no te zafas así de fácil. Al lograr que tenga un hijo de él era como que él había dejado en mí una parte de él. No importa si después se hacía cargo del hijo o no. Lo que importaba es que logró que yo tuviera un hijo de él. Si no, era como que fallaba como hombre. Si yo hubiera sabido que él se iba portar como se portó desde el embarazo, nunca hubiera querido tener otro hijo” (Mujer, 35 años, 26/03/08, Diario de campo).

Su interpretación es muy similar a la que realiza Fernández Rasines (1999) cuando busca explicar que la maternidad no se trata tanto de un deseo casi biológico de las mujeres o una forma de realizarse como tales, sino, más bien, una consecuencia de la búsqueda de los hombres por reafirmar su masculinidad y, de esta forma, su estatus en la sociedad,

lo que se da, casi exclusivamente, a través de su paternidad. Si seguimos el testimonio anterior, ella lo vivió claramente así y podemos pensar que esto sucede en más de una ocasión, aunque no en todas. También vale mencionar que esta afirmación de la identidad masculina que se logra a través de la paternidad, no se vincula, necesariamente, con paternidades responsables. Lo importante, parece ser, es demostrar que son padres, para lo cual lo único necesario es reconocer al/la hijo/a que nace, sin mayores obligaciones futuras. Lo que, en gran medida, explica, también, la notoria ausencia de condena pública y social por parte de los/as integrantes de la comunidad ante el comportamiento despreocupado de muchos de los padres que no ayudan económica ni afectivamente en la crianza de los/as hijos/as que procrearon.

Percepciones sobre el aborto

Debido a que el aborto todavía es un tema tabú en el país, en casi todos los contextos sociales, este no fue fácil de abordar, ni lo pude tratar con muchas mujeres del barrio. Tan solo fue posible hacerlo con dos de ellas, una joven de 16 años que aún no es madre y nunca ha tenido un aborto, y una joven adulta de 35 años que sí es madre.

La primera vez que hablé con la mayor, me explicó su postura contra el aborto. Recordó el caso de, cuando ella tenía alrededor de 13 años, una pareja vecina: él no tenía más de 18 años y ella todavía menos. Juntos buscaron un sitio donde abortar. Ella murió y no logra olvidar la impresión que esto le causó. Además, habló de los altos niveles de culpa que tienen aquellas mujeres que han abortado, que sufren mucho porque luego se arrepienten y se recriminan por no haber intentado tener y criar al bebé. Me contó que son muchas las mujeres que deciden abortar porque desean seguir con sus estudios o por otros intereses personales, pero, sobre todo, por el miedo que tienen a las represalias de la familia y los estigmas de los/as vecinos/as, para quienes pasan a ser unas "fáciles". Si bien todo/as conocen de la vida sexual de casi todo/as, pues es un barrio pequeño y todos/as son pariente, por un lado o por otro, el embarazo es la única prueba infalible

de que ya se han iniciado sexualmente. Si, además del embarazo, no tienen una pareja estable, y él no admite ser el padre, ella es catalogada como "fácil" y los hombres la acosan sin disimulo (Mujer, 35 años, 10/04/08, Diario de campo).

Más adelante, a medida que intercambiábamos más opiniones, ideas e información sobre el tema, ella fue aclarándome que si bien no estaba a favor del aborto, pues no podía evitar asociarlo con la muerte de un bebé, que para ella es siempre una bendición, tampoco está de acuerdo en que se castigue y se juzgue a las mujeres que decidieron hacerlo, por cualquier motivo que fuera. Ella misma reconoce que cuando tuvo su primer embarazo, su pareja "desapareció" y sus padres casi la echan de casa, si hubiera tenido el dinero, a lo mejor se practicaba un aborto (Mujer, 35 años, 14/05/08, Diario de campo). Una vez acompañó a una compañera de trabajo a hacerse un aborto. Muchas veces se dan por la desesperación por la situación en la que se encuentran las mujeres embarazadas, explicó, que son jóvenes, no tienen dinero, están solas y no tienen el apoyo de su familia, además de los proyectos personales. Si bien finalmente son aceptadas en casa, pues, como vimos, son los/as abuelos/as quienes se encargan del sostén de estos/as bebés, el rechazo inicial existe, y esta situación las mortifica, pues durante muchos años, tanto padre como madre, se encargan de "amenazarlas" en caso de que "se embaracen".

La más joven me contaba que ella había sido clave para convencer a una de sus amigas, también de 16 años, para que no abortara. Ella está completamente en contra del aborto, aun cuando su madre la regaló cuando era beba, porque fue obligada a no abortar. Ella convenció a su amiga de que debía enfrentarse a su familia y cualquier situación, pues un bebé nunca es una maldición y que como sea saldrá adelante. Me explicó que hay muchas jóvenes del barrio que sí han abortado, porque quieren seguir con sus estudios, no se sienten preparadas o no quieren contarles a sus padres, pero que en la "gallada" de ella no piensan así y sostienen que "si no quieres quedar embarazada, entonces no deberías estar haciendo cosas que no debes" (Mujer, 16 años, 15/04/08, Diario de campo).

Esto nos da pautas para interpretar que las relaciones sexuales se asocian directamente con el embarazo. Más o menos, sexo = embarazo, aun cuando también se trata de placer. En todo caso, es un placer

que, de una u otra forma, te llevará al embarazo y, por lo tanto, si no deseas “quedar” embarazada, pues debes “aguantarte” las ganas. El hecho de que el embarazo sea completamente prevenible si no se lo desea, y no precisamente con la castidad, no está muy interiorizado, aun cuando sí conocen sobre métodos anticonceptivos de prevención. El problema radica en que no creen en tales procedimientos.

Vincular directamente el acto sexual con el embarazo, casi como una ruta sin opciones, tiene una estrecha relación con el limitado acceso y la calidad de la poca educación sexual que han tenido, tanto sus padres y madres (además de que no hablan de estos temas con sus hijos/as), como los/as mismos/as jóvenes, en los espacios escolares, para aquellos/as que han accedido a la educación, y en cualquier otro lugar.

De esta forma, se afirman concepciones en torno al sexo, los métodos anticonceptivos y el embarazo que solo conducen a una menor prevención y mayor exposición a las probabilidades de concebir; finalmente, un embarazo, así como enfermedades de transmisión sexual, de las que, por cierto, hablaron muy poco.

Conclusiones (nunca definitivas)

Con el presente trabajo se ha intentado dar a conocer algunos aspectos de la realidad que viven los hombres y mujeres jóvenes del barrio Caminos a la Libertad, del norte de Quito, donde viven familias, fundamentalmente, negras; a partir de un compromiso personal y colectivo orientado hacia el aporte a la construcción de procesos diversos de organización, participación, reflexión, producción creativa, intercambio, diversión y más, que puedan generar cambios en las formas de vida que enquistan deseos, imponen cotidianidades y dejan poco espacio para el cuestionamiento. Lo hicimos de la forma más sensible posible, apostando al arte como el instrumento que aflora esa sensibilidad y facilita la construcción de confianza, indispensable en este camino.

A través de esta visión y forma de trabajo, nos fuimos acercando a sus experiencias personales, en y desde otros contextos y momentos.

Así, se fue armando el rompecabezas, del que todavía quedan miles de piezas por ubicar; que hizo posible que comprendiéramos un poco más acerca de su sexualidad, en el contexto de discriminación y exclusión social en el que viven. Pudimos compartir sus rutinas y encontrar los espacios para hablar sobre sus relaciones de pareja y sentimientos al respecto, las relaciones sexuales, su visión de la maternidad y la paternidad, entre otros puntos. Casi ninguna de las conversaciones estuvo exenta del tema de la discriminación y el racismo, así como el poco apoyo de la familia, sobre todo en ellas, para la realización de sus sueños, por ejemplo bailar o cantar.

Se puede afirmar que, difícilmente pueden comprenderse aspectos de la construcción de la sexualidad entre las y los jóvenes, sin tener presente el contexto de exclusión en el que viven. Este contexto, que los y las sitúa en los márgenes de la sociedad, sumado a las formas en que en su comunidad, así como en la sociedad ecuatoriana en general, se han construido e interiorizado las relaciones de género y las concepciones sobre sus cuerpos, define las pautas para reconocer las diferencias entre cómo las jóvenes asumen su sexualidad, a la vez que se les condiciona, y cómo la viven los hombres jóvenes.

Fue y es importante señalarlas, puesto que permiten desentrañar de manera más certera las situaciones que se observan y, de esta forma, aportar en la elaboración de políticas y programas que no repitan la misma lógica excluyente que se ha dado hasta ahora, no solo con la población negra en general, sino con las particularidades que viven las mujeres por el sistema de género imperante en la actualidad. No se trata de señalar las diferencias simplemente para identificar quiénes están mejor y quiénes peor; o alimentar estigmas sobre los hombres que, por ejemplo, no se responsabilizan por sus hijos/as. Se trata, más bien, de vincular estos aspectos cotidianos y particulares con un contexto mayor, envuelto en determinados imaginarios culturales que determinan un “orden” social que define comportamientos, a la vez que con un contexto que, asociado a imaginarios muy similares y a ese “orden”, garantiza o no el acceso e interiorización de diversas condiciones (educación y salud, por ejemplo) para la autonomía y empoderamiento de la vida propia. Tanto las mujeres como los hombres forman parte de

este contexto y es este sistema el que, a partir de ese “orden”, que también es de género, sitúa a las mujeres en desventaja. Por esto hay que seguir señalando las desigualdades, étnicas, de clase y siempre de género, para que las intenciones de mejora enfatizan en ella y se encaminen hacia una equidad social real y no parcial.

El presente trabajo muestra, entonces, cómo el hecho de ser hombres y mujeres jóvenes negros/as, atraviesa sus concepciones, ideas y prácticas en cuanto a su sexualidad. Sus bajos niveles de educación, la ausencia de diálogo con sus padres y madres, la casi invisible presencia del centro de salud del barrio y el costo de los anticonceptivos limitan las posibilidades de contar con información suficiente y confiable que los y las impulse a una vida sexual sin riesgos. Además, esta precaria información alimenta varios “mitos” que apoyan las ideas de lo poco funcionales que resultan los anticonceptivos para prevenir embarazos, entre otras cosas, lo que difunde una justificación para no usarlos y aumenta, justamente, las probabilidades de esos embarazos, así como de enfermedades de transmisión sexual.

Por otro lado, la normatividad social y cultural en la que viven, restringe las posibilidades de socialización desde las mujeres hacia los hombres, controlando sus horarios, los espacios que frecuentan, etc., mientras que es ampliamente permisiva y nada controladora de los comportamientos sexuales de los hombres, ya sea en su etapa de conquista, de noviazgo, de padre o de marido. Por esto, ella es la principal responsable de haber cometido el “error” de “quedarse” embarazada, ya que transgredió la norma de quedarse en casa y no “andar coqueteando”. “Ellas son las que tienen todo que perder”, explicaba uno de los jóvenes cuando decía que considera que la vida para ellas es más dura que para ellos, porque ellas pueden quedar embarazadas y después la tienen bien difícil. A nadie se le ocurre ir en busca del señalado padre y exigirle responsabilidad por lo que hizo, pues él no hizo nada que estuviera fuera de la norma.

Aun cuando se les asigna a ellas la responsabilidad/culpa de haber “quedado” embarazadas, en la medida en que hicieron cosas que no debían y por lo tanto rompieron la norma, y aun cuando esta ruptura sea más común de lo pensado, ni las jóvenes, ni sus madres, quienes ya

lo vivieron, han buscado formas más seguras de prevenir esos embarazos, que provocan el rechazo de la familia y la comunidad, al menos en un primer momento. Confían poco en los métodos anticonceptivos, los usan poco y, adicionalmente, no se asumen como las *encargadas* de comprar y tener condones, pues eso les corresponde a ellos, dicen. Esta limitada protección, a pesar de lo común que resulta el despertar temprano de la curiosidad sexual, puede ser interpretada como la consecuencia de tratarse de una trasgresión “silenciosa”, que se da en esos momentos en los que, supuestamente, nadie está en casa, nadie está viendo y nadie se enterará; por lo tanto, no preguntar e intentar informarse de otras fuentes que no sean las amistades, que muchas veces tienen dudas similares, forma parte de este silencioso y riesgoso transgredir.

Mientras el sexo siga siendo tabú, no solo entre comunidades como la de Caminos a la Libertad, sino en la sociedad en general, en un contexto en que, sin embargo, se practica ampliamente, aun entre jóvenes y adolescentes, la disminución de embarazos no deseados y el posible contagio de ETS (Enfermedades de Transmisión Sexual) difícilmente se logrará. El Estado no maneja una política real en salud sexual y reproductiva. El sistema educativo no garantiza una buena educación sexual, los discursos y políticas sobre la sexualidad de las mujeres —que es la única discutida y siempre desde una mirada restrictiva— giran en torno a la maternidad y nunca en torno al placer y a la posibilidad de no querer ser madres y cómo lograrlo, al menos en una etapa determinada de la vida, como es la juventud, si ese es el caso. De manera notoria, la paternidad no forma parte de la agenda pública a este respecto. Solo recientemente, en el año 2008, se aprobó que los hombres tengan derecho a 15 días de licencia al nacimiento de sus hijo/as.

Por otro lado, notar la diversidad de estructuras familiares, permite, al mismo tiempo, evidenciar la diversidad en cuanto a los imaginarios en torno a la maternidad y la paternidad, que tienen que ver con las formas en que se construye el mundo familiar. Comprender las dinámicas dentro de estos grupos, las formas en que se relacionan los hombres y las mujeres dentro de ese mundo, las percepciones y significaciones otorgadas a los distintos miembros de acuerdo a su género y su edad, ayuda a la profundización y mayor comprensión del lugar simbólico y

material que ocupa la maternidad en este contexto. Lo que, difícilmente, estaría del todo desvinculado de los discursos hegemónicos sobre la maternidad y la paternidad.

Fernández Rasines (1999) nos habla de las madres como “sujetos nodales” en las estructuras familiares de negro/as, lo que les otorga un protagonismo central en la distribución de poder dentro del hogar; que no necesariamente implica autoridad. Se refiere al reconocimiento cultural y social que recibe una mujer al ser madre, en tanto que se transforma en aquella persona, dentro del mundo familiar, que debe “dirigir” las acciones de unos y de otras, fundamentalmente orientadas a garantizar la interiorización de su deber ser como uno u otro género. Son ellas las que se encargan de la crianza de los/as hijos/as y, por ello, son las protagonistas en la reproducción social y cultural de ese grupo humano.

Al contrario, los hombres no son considerados “sujetos nodales” de la estructura familiar, pues la educación, el cuidado, la crianza, el orden del hogar y otras tantas responsabilidades no están tras sus espaldas. Esta perspectiva es interesante para entender la maternidad en el contexto de Caminos a la Libertad, cuando se percibe claramente este protagonismo de las mujeres, quienes, articuladas en redes de apoyo (por parentesco o vecindad), asumen de manera colectiva esta misión. Los hombres obtienen gran parte del protagonismo cuando, en aquellos hogares conformados por la pareja matrimonial, hijos/as y otros posibles miembros, los maridos significan un importante sostén económico, aun cuando sus esposas también trabajan. Generalmente, los trabajos a los que ellos acceden son mejor remunerados, en vista de que ellas pueden ingresar, casi exclusivamente, a la oferta laboral del empleo doméstico, que es muy mal pagado.

Bibliografía

- Araujo, Kathya (2003). “La sexualidad como pasión contemporánea”. En: *Sexualidades y sociedades contemporáneas*, Kathya Araujo y Carolina Ibarra (Eds.). Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano-UNFPA.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2004). “Universo familiar y procesos demográficos”. En: *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (Coords.). México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Ariza, Mariza (2004). “Miradas masculinas y femeninas de la migración en Ciudad Juárez”. En: *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (Coords.). México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Bonan, Claudia (2003). “Sexualidad, reproducción y reflexibilidad: en busca de una modernidad distinta”. En: *Sexualidades y sociedades contemporáneas*, Kathya Araujo y Carolina Ibarra (Eds.). Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano-UNFPA.
- Pérez, Alba y Claudio Gallardo (2005). *Mujeres y hombres del Ecuador en cifras II*. Quito: CONAMU.
- Coria, Clara (1988). *El sexo oculto del dinero: formas de la dependencia femenina*. Buenos Aires: Grupo Editor Controversia.
- De la Torre, Carlos (2002). *Afroquiteños: ciudadanía y racismo*. Quito: CAAP.
- Fernández Rasines, Paloma (1999). *Diáspora africana en América Latina: discontinuidad racial y maternidad política en Ecuador*. Serie Tesis Doctorales, Universidad del País Vasco.
- Fuller, Norma (2005). “Identidades en tránsito: femineidad y masculinidad en el Perú actual”. En: *Familia y vida privada: átransformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos?*, Teresa Valdés E. y Ximena Valdés S. (Eds.). Santiago de Chile: FLACSO-UNFPA-CEDEM.
- Geertz, Clifford (1997). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Goldani, Ana María (2001). “Las familias brasileñas y sus desafíos como factor de protección al final del siglo XX”. En: *Procesos sociales, población y familia: alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones*

- sobre vida doméstica, Cristina Gomes (Comp.) México D.F.: Miguel Ángel Porrúa Editorial- FLACSO.
- Hartmann, Heidi (2000). "La familia como lugar de lucha política, de género y de clase: el ejemplo del trabajo doméstico". En: *Un nuevo saber, los estudios de mujeres: cambios sociales, económicos y culturales*, Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Comps.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández, Katty (s/f). *Migración, organización e identidades afroserranas*. http://www.ciesas.edu.mx/proyectos/relaju/documentos/Hernandez_Katty.pdf
- Hernández, Katty (2005). *Sexualidades afroserranas. Identidades y relaciones de género*. Quito: Abya-Yala y CEPLAES.
- Hernández, Katty y Gloria Camacho (2005). *Cambió mi vida: migración femenina, percepciones e impactos*. Quito: UNIFEM-CEPLAES.
- Hill Collins, Patricia (1998). "La política del pensamiento feminista negro". En: *Un nuevo saber, los estudios de mujeres: ¿qué son los estudios de mujeres?*, Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Comps.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, Elizabeth (1998). *Pan y afectos: la transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela (2003). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- León, Edison (2004). "Pensar más allá de la diversidad y la diferencia desde los derechos". *Aportes Andinos* N.º 11, www.uasb.edu.ec/padh
- Mannarelli (2003). "La domesticación de la sexualidad en las sociedades jerárquicas". En: *Sexualidades y sociedades contemporáneas*, Kathya Araujo y Carolina Ibarra (Eds.). Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano-UNFPA.
- Martín Fernández, Consuelo y Yil Aida Felipe Wood (2006). "Prácticas transnacionales y transfamiliares en la vida cotidiana de la familia como sujeto del proceso migratorio". Ponencia presentada en el segundo coloquio internacional sobre migración y desarrollo Migración, Transnacionalismo y Transformación Social, México 26-28 octubre, 2006, Morelos. <http://www.migracionydesarrollo.org/>

- Moore, Henrietta (1999). *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Ortner, Sherry (1979). "Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura". En: *Antropología y feminismo*, Olivia Harris y Kate Young. Barcelona: Anagrama.
- Quijano, Aníbal (2000). "Colonialidad del poder y clasificación social". En: *Journal of World-Systems Research*, VI, 2.
- Rendón, Teresa (2004). "El mercado laboral y la división intrafamiliar del trabajo". En: *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (Coords.). México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Rosaldo, Michelle (1979). "Mujer, Cultura y Sociedad: una visión teórica". En: *Antropología y feminismo*, Olivia Harris y Kate Young. Barcelona: Anagrama.
- Rubin, Gayle (1998). "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". En: *Un nuevo saber, los estudios de mujeres: ¿qué son los estudios de mujeres?*, Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Comps.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, Jhon Antón (2005). "Sistema de Indicadores Sociales del Pueblo Afroecuatoriano-SISPAAE". En: *Pueblos Indígenas y afrodescendientes de América Latina y El Caribe: relevancia y pertinencia de la información sociodemográfica para políticas y programas*. Chile: CEPAL-Fondo Indígena-Centre Population of Development-UNFPA.
- Santa Cruz, Guadalupe (2003). "Tertulia: diálogo en torno a las sexualidades en las sociedades contemporáneas". En: *Sexualidades y sociedades contemporáneas*, Kathya Araujo y Carolina Ibarra (Eds.). Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano-UNFPA.
- Scott, Joan W., Susan C. Bourque y Jill K. Conway (1998). "El concepto de género". En: *Un nuevo saber, los estudios de mujeres: ¿qué son los estudios de mujeres?*, Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Comps.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Strathern, Marilyn (1979). "Género: una perspectiva antropológica". En: *Antropología y feminismo*, Olivia Harris y Kate Young. Barcelona: Anagrama.

- Todaro, Rosalba y Virginia Guzmán (1995). "La discriminación laboral ingresa a la agenda pública". En: *El trabajo de las mujeres en el tiempo global*, R. Todaro y R. Rodríguez (Eds.). Ediciones de Mujeres N° 22. Santiago de Chile: Isis Internacional-Centro de Estudios de la Mujer.
- Tuirán, Rodolfo (2001). "Estructura familiar y trayectorias de vida en México". En: *Procesos sociales, población y familia: alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, Cristina Gomes (Comp.). México D.F.: Miguel Ángel Porrúa Editorial-FLACSO.
- Varea, Soledad (2007). "Voces ausentes: maternidad adolescente y violencias en Quito". Tesis de Maestría en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo, FLACSO-Sede Ecuador.
- Verdesoto, Luis et. al (1995) *Rostros de la familia ecuatoriana*, UNICEF-Ecuador.
- Walsh, Catherine y Juan García (2002). "El pensar del emergente movimiento afroecuatoriano. Reflexiones (des)de un proceso". En: *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Daniel Mato (Coord.). Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)-CEAP-FACES-Universidad Central de Venezuela.

Anexos

Anexo 1. Descripción del trabajo de campo

El trabajo de campo que permitió recoger la información que hace posibles las interpretaciones aquí plasmadas⁴⁰ inició en noviembre de 2007 y continuó hasta finales de mayo de 2008, con una interrupción de 20 días en el mes de enero de este año. Los primeros dos meses, noviembre y diciembre, se destinaron a la definición del barrio en el que se trabajaría, para lo cual fue fundamental la ayuda de una organización afroecuatoriana de Quito que trabaja con distintos barrios de la ciudad, que nos apoyó para lograr los primeros encuentros con algunas mujeres de Caminos a la Libertad, donde se llevó a cabo la investigación-acción.

Durante esos meses habíamos intentado reunirnos con jóvenes y personas del barrio de otras edades, con la intención de contarles sobre nuestra presencia ahí, nuestras ideas de trabajo, el proyecto como tal y recibir sus opiniones al respecto, para que todos/as estuviéramos de acuerdo con lo que se haría. Estos encuentros no se lograron, aun cuando logramos establecer dos días y horarios de encuentro junto con ellos/as, sobre todo con quienes participaban entonces en la alfabetización de los días sábados⁴¹, con ellos tuvimos la oportunidad de compartir algunos juegos que nos permitieran acercarnos de manera más amigable.

Así, nos dimos cuenta de que la estrategia de invitarlos/as a conversar no daría resultado y debíamos inventar algo más. Mientras tanto, nos dedicamos a visitar el barrio y conocerlos/as al compartir sus dinámicas cotidianas, en especial los fines de semana. Este tiempo también sirvió para conocer un poco más sobre la realidad del barrio y darnos cuenta de que, como suponíamos, la construcción de un taller básico de serigrafía no sería tan simple, pues no solo es necesario un espacio físico exclusivo, que, de hecho, logramos conseguir posteriormente, sino que

40 Digo esto porque el vínculo logrado con algunas personas del barrio perduró más allá de ese tiempo. Aún a finales de 2008 seguimos compartiendo ideas con algunas de sus moradoras, para actividades a futuro.

41 Impulsada por el gobierno actual y realizada por los colegios del país.

se requiere de un grupo de personas que sean responsables del taller; lo cuiden, lo hagan funcionar; produzcan, enseñen a otros/as a hacer serigrafía, etc. Esto requiere de un proceso previo, lo suficientemente sólido como para lograrlo en un contexto en que los/as jóvenes no están organizados, y en el barrio no se realiza ningún tipo de asamblea u otras formas de encuentro para la deliberación y la toma de decisiones con respecto a situaciones o problemáticas del lugar. A lo mejor, luego del trabajo ya realizado, es posible comenzar a plantear la implementación de espacios y acciones como el taller de serigrafía.

Darnos cuenta de lo anterior y de otras situaciones que provocaron la variación de la “agenda” prevista, tuvo que ver con la imperativa sensibilidad con la que nos acercamos a las personas del barrio, intentando siempre una relación amigable que no violentara sus dinámicas, más aun cuando no formamos parte de su contexto cotidiano.

A partir del mes de febrero, comenzamos a explotar al arte como una forma de generar ese acercamiento que necesitábamos, confiando en las posibilidades que brinda para la expresión, la diversión y el contagio. Así, ideamos lo que llamamos la “Minga Artística”. Se trató, básicamente, de un día en el que, simultáneamente, se realizaron distintas actividades artísticas, en las que cualquiera podía intervenir si le llamaba la atención. Para convocarlos/as hablamos con algunas personas clave dentro del barrio, que no eran jóvenes, y nos paseamos algunos días repartiendo volantes sobre la minga por las calles del barrio, esta vez sí, sobre todo a las y los jóvenes que encontrábamos. Se tocaron tambores, se cantó *hip hop*, se bailó *breakdance*, y los y las niñas, sobre todo, pintaron grandes papelotes sobre las paredes de la casita donde trabajamos desde entonces.



Volante para la “Minga artística”

Nota: entre los contactos, Alba es del barrio.

La idea fue mostrar, ese día, un “popurrí” de los talleres artísticos que queríamos realizar en el barrio. Tales talleres eran 1) percusión con material reciclado, 2) *hip hop* más *breakdance*, 3) fotografía, 4) graffiti/stencil y 5) pintura para la elaboración del mural. Actividades que se idearon en el transcurso de los primeros meses de trabajo en el barrio, a partir de la interacción que estábamos logrando.

Para ello, convocamos a diferentes jóvenes que viven en Quito y se dedican a estas artes y a trabajar en colectivo para cuestionar, proponer y pensar otras formas de construir mundo, cada uno/a a su manera y desde espacios diferentes. Se pensó que lo mejor sería plantear una suerte de “Taller Multidisciplinario” de, según los tiempos previstos, dos sábados para cada actividad artística. Así, funcionaría todo marzo y todo abril. El desafío estaba en canalizar estos talleres, cuyo fin último no era la producción artística como tal, hacia la expresión acerca de los distintos temas que buscábamos trabajar con los/as jóvenes del barrio, como las relaciones entre hombres y mujeres, las relaciones de pareja, cómo perciben sus cuerpos o cómo viven su condición de negros/as en Quito.

El 1° de marzo se llevó a cabo la “Minga Artística” que, aunque bastante caótica, convocó a muchos/as de los/as jóvenes con quienes mantenemos relación todavía. Al mismo tiempo, nos sirvió para darnos cuenta de que la música es lo que más les llamó la atención y que sería mejor concentrarnos en una sola actividad, hasta sentir que existía un

grupo más o menos consolidado con quienes, luego, se podrían realizar otras actividades. Así fue como decidimos concentrarnos en los talleres de percusión con material reciclado, *hip hop* y *breakdance*, y buscar la forma de fusionarlos. Estos se dieron durante todos los sábados de marzo, abril y mayo de 2008 y esperamos que todavía perduren. La meta era lograr construir una canción cuya letra tratara sobre sus experiencias de relaciones con mujeres y/o con hombres, el ser negros/as y el racismo. Si bien no fue posible finalizar la canción, el proceso para la misma se dio y alimentó, además de insumos para la investigación, la relación de confianza entre ellos/as y nosotros/as.

Estos encuentros semanales nos brindaron la posibilidad de acercarnos a ellos/as en otros momentos, durante la semana, y conversar sobre diferentes aspectos de sus vidas, en torno a los temas que nos interesaban como parte de la investigación-acción. Las visitas al barrio se dieron en horarios diferentes, algunas veces por la mañana, otras veces por la tarde, aproximadamente dos o tres veces por semana. Las noches fueron más difíciles de compartir en la medida en que el barrio está a una hora y media de mi casa y el transporte público no se extiende hasta más de las 20h00, 20h30. Esto permitió compartir con la “gallada” las conversaciones en la calle, la preparación del almuerzo por parte de ellas en sus casas y el momento de la comida como tal, las largas horas que destinan al lavado de la ropa, los partidos de fútbol, el baile en la discoteca y más.

Desde un principio se planteó un vínculo que no quería caer en la forma tradicional de hacer investigación, donde el acercamiento se da, fundamentalmente, a partir de una cita para una entrevista formal que genera una relación de amplia distancia entre “investigador/a” e “investigado/a”, y se priorizó todas las formas que pensamos posibles para establecer otros caminos de acceso al conocimiento acerca de su realidad, que posibilitaran, al mismo tiempo, un proceso en el cual se fueran sentando las bases para un trabajo a largo plazo que trasciende la investigación. La preocupación en torno a los temas planteados como problemática en esta investigación va más allá de los hallazgos y la comprensión de los mismos con relación a las preguntas iniciales planteadas; se espera poder continuar con el trabajo y, a largo plazo aportar a un proceso que signifique, para estos/as jóvenes, empoderamiento, autonomía

y posibilidad de derribar esos muros impuestos, para lograr, al menos una parte, de lo que quieren en la vida.

Fue difícil lograr los objetivos planteados en estos talleres de música, por ejemplo, la canción, en la medida en que la continuidad de la participación de ellos/as nunca fue estable. Por qué habrían de responder a nuestro llamado a comprometerse con estas actividades, aun cuando dijeran que les gustaba mucho que se hicieran, cuando no nos conocían, no éramos de ahí, muchas otras veces había venido gente de afuera y no había sostenido sus propuestas, y, sobre todo, cuando se trata de jóvenes que viven en un contexto en el que no solo han perdido la confianza en cualquier proceso social —en vista de que la estructura social les ha repetido continuamente que son la última escoria del país— sino que también en los procesos organizativos internos del barrio, pues la dirigencia barrial ha generado varias decepciones. También sucedía que, en los horarios en que se realizaban las actividades, muchos chicos se iban a jugar fútbol, que es una de sus “chambas” más comunes.

Aún así, en este difícil contexto, fue positivo haber establecido este intercambio, por el que nosotros/as les ofrecíamos los talleres de los sábados y ellos/as ofrecían su tiempo y “buena onda”, durante otros días de la semana, para conversar. Han sido muy pocos meses, tan solo tres, de interacción real, y recién se está observando que los chicos y las chicas tienen ganas de hacer algo diferente en su rutina, algo que pueda significar una experiencia distinta.

La realización del mural en las paredes de la casita que logramos conseguir con ayuda de un líder mayor del barrio, la misma que pertenece al Municipio de Quito, también fue un proceso enriquecedor. Para decidir la imagen que plasmaríamos en esas paredes, lo conversé de manera suelta con algunos/as de ellos/as durante mis visitas al barrio, y luego los/as invitamos a una de las reuniones que realizamos todos los miércoles, desde el 5 de marzo, las diez personas⁴² que finalmente con-

42 Una coordinadora, un asistente de coordinación, tres personas para los talleres de percusión, una para el de hip hop, una para breakdance, una para los juegos de integración, una para documentación en foto fija y una para documentación en video. Nos encontramos todos los miércoles para evaluar el sábado anterior, y discutir y reflexionar sobre las próximas acciones y el proceso en general, nuestras percepciones, emociones, ideas, etc.

formamos el equipo de trabajo para este proyecto. En esa reunión les planteamos algunos de los temas que nos parecían interesantes para plasmar en el mural, de acuerdo a lo que se había trabajado para la construcción de la letra de la canción, y que tenían que ver con nuestros intereses dentro de la investigación-acción. Desde su intervención, la discusión se encaminó fuertemente hacia el racismo y fue este, finalmente, el tema que se trabajó para pintarlo. Lo que hicimos fue dibujar, cada uno/a, algo que resumiera la larga conversación que tuvimos sobre el tema, y al final comentamos los dibujos y definimos una imagen que posteriormente fue plasmada en un boceto por uno de los compañeros. Esta reunión significó uno de los momentos de acercamiento colectivo más importantes de todo el proceso. Haber compartido con ellos en otro espacio que no fuera el barrio ayudó a que nos relacionáramos de forma diferente y con mayor profundidad.

El mural se pintó durante los sábados de mayo y algunos días de la semana, durante este mismo mes. En él participaron todos/as quienes quisieron, también muchos/as niños/as que nunca faltaron estos sábados, aun cuando nuestras actividades no estén concentradas en ellos/as.

Cada sábado, compartíamos desde las 11h00 hasta las 13h30-14h00, dependiendo de cuántas personas asistieran, el ánimo que tuvieran ese día, etc. Luego de esto, el equipo de trabajo se dirigía a la casa de una de las mujeres con quien establecimos la relación más estrecha durante este proceso, y quien nos ayudara en todo desde el inicio. Ella es quien nos preparaba los refrigerios y con quien compartíamos lo sucedido y mucho más, cada sábado, en su casa.

Durante el proceso se concretó la idea de una buena amiga, que no estaba involucrada pero trabaja sobre maternidades adolescentes desde hace algunos años. Se trata del "Buzón de la Maternidad". Al tener entre nosotros/as a un escultor decidimos, en abril, poner en marcha la fabricación del Buzón, ya que era todo de hierro, alguno/as de nosotros/as tuvimos la oportunidad de aprender a soldar. Lastimosamente el Buzón fue terminado recientemente y es muy pronto para pretender resultados que sacaremos de su panza. Es una escultura de una mujer embarazada cuya panza es el buzón donde las personas, sean madres o no, mujeres u hombres, pueden depositar cartas, palabras, frases, dibujos,

cuentos, fotografías, o lo que desearan, en torno a sus ideas, sentimientos, percepciones y experiencias sobre la maternidad.

Todas las conversaciones y todo lo observado durante cada una de las visitas y días de actividades fueron plasmadas en un diario de campo, la base más importante para el registro de la información.

Anexo 2. Algunas fotografías del proceso



Jugando: todo/as junto/as a ponerle la tapa al marcador (en el centro del círculo).
!Lo logramos!



Un descanso en el taller de percusión. Se observa el techo que construimos juntos/as, la casita y parte del mural sobre sus paredes.



Bailando Breakdance en la "Minga Artística"